

Año XXXII.

Madrid, Jueves 12 de Diciembre de 1912.

Núm. 50

La lámina de hoy

Estando Cabrera en Rubielos de Mora, se le presentó el Valsero de Olva, espía de su predilección, diciéndole que en Alcotas, pequeña aldea aneja de Manzanaera, había dos compañías del Ejército poco prevenidas.

Inmediatamente salió con fuerzas superiores, guiado por el espía, y sorprendió á las dos compañías, que se batieron bizarramente hasta que se les agotaron las municiones, y capitularon de palabra, á condición de que se les respetaría la vida, siendo el P. Escorihuela el que se lo aseguró, después de haberles aconsejado con insistencia que se rindieran.

A poco, y pretextando que habían profanado la iglesia donde estuvieron alojados y que habían arrastrado una imagen de Cristo y celebrado el entierro de Cabrera, éste dispuso que fueran fusilados en el acto los prisioneros, y así se verificó, después de haber confesado á los oficiales.

La prueba de que aquella impostura fué inventada para sacrificarlos, dicelo bien claramente esta carta que el párroco de Alcotas escribió más tarde al ser interrogado por un historiador:

«Alcotas 7 de Junio de 1845.—S. . . .

Muy Señor mío: en atención á las preguntas que V. me hace de los 145 fusilados en 17 de Abril de 1836, debo decir á V. que por la noche fué cierto estuvieron en la iglesia, pero no pudieron arrastrar de ningún modo la imagen de ningún santo *porque cerré yo en la sacristía todas las imágenes portátiles que había en la iglesia*, y en su caso no pudieron hacer sino alguna burla del Santo Cristo que está en el altar, *pero nadie pudo verlo*.

Acerca del entierro de Cabrera, sólo cantaron algunas coplas por la calle y no en la iglesia.

Los soldados hicieron fuego hasta tanto les duraron los cartuchos, y bajaron de la umbría á la llanura, donde fueron rendidos por la caballería. *Fueron fusilados después de rendidos y exhortados por el P. Escorihuela, habiéndose confesado los oficiales*. Los vecinos que presenciaron el acto no vieron otra cosa que el fusilamiento.

Es cuanto puedo decir á V. sobre el particular y todo cuanto ocurrió á la letra; ni otro podrá decir más.

Soy de V., etc.—*Juan Gascón*, cura párroco.

Se siente, al leer esa carta y contemplar esa lámina, invadido el corazón por oleadas de ira.

Ver á un militar, caballero por serlo, arrodillado ante un cura ó un fraile que forma parte de la cuadrilla de bandoleros

que va á asesinarlo, hablándole de un Dios misericordioso que perdona al culpable, perdón que para nada necesita él, por no haber hecho más que batirse heroicamente en cumplimiento de un deber sagrado; fraile ó cura que tiene á cada paso que interrumpir su plática porque ahoga su voz el ruido de las descargas que van acabando con las vidas de los nobles compañeros de aquel que tiene á sus pies arrodillado...

Pensar que acaso le esté hablando el que va á morir, de unos padres amorosos, de una esposa idolatrada, de unos hijos que son su encanto y á los que deja en el mayor desamparo; ó que le entrega un pañuelo empapado en su sangre para que lo haga llegar á las manos de aquellos seres queridos, pañuelo que volverá á recobrar su blancura á fuerza de humedecerlo con lágrimas y besos

Aquí llegaba de este artículo, cuando el sonido de una corneta llega hasta mí.

Abro el balcón, me asomo al antepecho del gabinete en que escribo, veo desfilar un batallón del Ejército á seis pasos de distancia, y...

No puedo remediarlo: cada vez que oigo un clarín ó una corneta siento una conmoción extraña, cual si el aire que desalojan empujara hacia mí arrugada frente efluvios de juventud; cual si no hubiese transcurrido ni un día desde aquellos en que yo, con menos edad que el más joven de esos soldados que cruzan ahora delante de mí, soñaba con algo muy grande para mi patria que no he visto realizado, con glorias para mí que no alcancé, y con venturas que no conseguí; y vuelvo por un instante á disfrutar las hermosas sensaciones que aquellos sueños me producían.

Permaneci apoyado en el antepecho hasta que desapareció el último soldado en dirección al cuartel del Conde-Duque, cerré el balcón, y volví á sentarme ante las cuartillas.

Mas no pude ya escribir ni una línea, porque se fijó en mi cerebro este pensamiento, con una tenacidad que en vano quise vencer:

«¿Cuántos de esos jóvenes estarán destinados á ser asesinados por los carlistas, y cuántos de esos oficiales tendrán un día que arrodillarse ante el cura de la villa de bandidos que los haga prisioneros, para morir fusilados pensando en sus padres, en su esposa, en sus hijos?...

Y maldije de los liberales que, por miserables cábalas políticas ó por cobardías vergonzosas, permiten que hoy se organicen contra el Ejército de la Liber-

tad los descendientes de aquellos miserables que realizaron los crímenes que representa la lámina de hoy.

JOSE NAKENS

El pleito de “El Liberal,”

El origen del pleito

Importa, dice el lunes el querido colega, repetir la historia del suceso, para que nadie juzgue por los resultados sin conocer los orígenes.

Héla aquí, contada por nuestro querido colega *España Nueva*, testigo y actor más que ninguno autorizado:

«*España Nueva*, sorprendida en su buena fe por un supuesto corresponsal, publicó, como ya saben nuestros lectores, un despacho telefónico en el que se decía «que una conocida señorita murciana se había fugado del hogar paterno en compañía de un religioso, y que éste, al darse cuenta de su obra, se había suicidado».

El Liberal, como una costumbre ya generalizada en la Prensa, lo copió.

España Nueva, al tener noticias de la falsedad propalada por un supuesto corresponsal, rectificó claramente, dando todo género de explicaciones.

Expontáneamente hizo lo propio *El Liberal*.

Pero he aquí que, transcurrido cerca de un año, su director se encontró sorprendido por una demanda que, á nombre de la señorita aludida, fué presentada por el Sr. La Cierva.

Conviene hacer constar que al escrito de demanda no precedió acto de conciliación.

Lo mismo que á *El Liberal* le sucedió punto por punto á *El País*.

Fuimos, sin embargo, nosotros—y de ello nos alegramos por nuestros queridos compañeros—los únicos contra quienes se encañonó la demanda.»

El juzgado primero, la Audiencia después, y últimamente el Supremo, han condenado á *El Liberal* á satisfacer á la señorita aludida una indemnización de 150.000 pesetas.

Muchos periódicos no encuentran ajustada á derecho la sentencia.

Yo, en cambio, declaro que hace mucho tiempo no recibo una alegría mayor que la que me ha producido su confirmación. Créame el querido colega *El Liberal*.

—¿Por qué?

—¡Ah! Este es mi secreto. Lo único que quiero hoy que se sepa, es que *El Liberal* puede contar conmigo hasta la pared de enfrente.

En serio

Como casi siempre se lo digo en broma, mis amigos no me hacen caso cuando los aconsejo que tomen á chacota lo que los clericales digan contra mí, y continúan, indignados, enviándome recortes de sus papeles, con protestas que no publico y ofrecimientos que no acepto.

Ahora, con motivo del atentado, apenas pasa día sin que los clericales saquen á plaza mi nombre, este nombre que, si no me equivoco, va á quedar durante algún tiempo como grito de guerra contra ellos; y todo porque no comprenden cómo he podido yo protestar contra el autor del asesinato de Canalejas, habiendo amparado al anarquista Morral á las dos horas de haber él tirado la bomba en la calle Mayor.

Comprendo que no lo comprendan. Si fuesen capaces de comprenderlo, no serían clericales. Acostumbrados á poner á réditos de bienaventuranza eterna hasta los cinco céntimos de limosna que alguna vez suelen dar al mendigo hambriento cuando alguien los mira, ¿qué entienden ellos de impulsos nobles sin esperanza de premio, de acciones generosas sin móviles usurarios?

En vez de indignarme como mis amigos, agradézcóles mucho la malevolencia del cargo, porque me da pretexto para enorgullecarme modestamente de lo que hice el 30 de Mayo de 1906. Hubiera deseado que no se me presentara ocasión de hacerlo; mas ya que se me presentó sin intervenir mi voluntad, bendita mil veces sea la hora en que el autor del crimen, ya irremediable, llegó á las puertas de la redacción á ampararse de un hombre á quien personalmente no conocía; de un hombre á quien le pareció tan natural que un desventurado se acordara de él en trance tan terrible, que no se cuidó de otra cosa desde que le dijo á lo que iba, sino de demostrarle que no se había equivocado.

Si, de eso solamente. Mentiría yo ahora, si para encarecer lo que hice, dijera que sostuve lucha de ninguna clase conmigo mismo antes de decirme; que pensé en la ley ni en la justicia; que pesé el pro y el contra antes de colocar el deber moral sobre el legal.

No; allí no hubo mas que esto, ni pudo haber más que esto: un hombre que iba á morir en un patíbulo, y que pedía amparo á otro que, sin haber pensado nunca que pudiera verse en aquel caso, lo tenía resuelto de antemano, como todos los de indole parecida; hombre que se hubiese suicidado moralmente, si entre los muchos años que llevaba ya vividos y los pocos de vida que le restaban, hubiese interpuerto la *siueta de un patíbulo*. Todo

cuanto han creído ver en aquel acto, los unos para ensalzarme y para vituperarme los otros, no ha existido más que en su imaginación. La sencillez cabe también en lo terrible.

Por esto, por la sencillez del acto, y por lo natural que encontré el que aquel hombre se acordase de mí en situación tan tremenda, no me explicaba luego los desmedidos elogios que se me prodigaban: lastimaba un poco mi amor propio el que hubiese quien creyera que yo podía haber obrado de otro modo.

¡Oh! Eso hubieran querido los clericales para acabar conmigo: que al presentarse Morral con la visión del patíbulo en los ojos, yo lo hubiese repudiado en nombre de una porción de palabras tan repetidas como constantemente profanadas: el deber, la ley, la justicia, la religión; palabras que, pronunciadas en aquellos instantes, habrían sido un sarcasmo sangriento y resonado en las conciencias honradas con ecos de cobardía y egoísmo.

Y si después de rechazarle hubiese yo acrecentado la iniquidad, cumpliendo el deber legal de delatarlo á las autoridades ¡qué de vituperios no hubiesen lanzado contra mí los mismos que hoy no comprenden cómo puedo yo condenar de corazón el acto del anarquista que asesinó á Canalejas!

Y si más tarde, y con perfectísimo derecho, según la ley, completo mi acción, honrada según los clericales, presentándome á recibir los veinte mil duros que ofrecieron al que pusiera á las autoridades sobre la pista del criminal, ¡qué de abominaciones no habrían caído sobre este hombre que se siente ahora tan orgulloso al oírse llamarse *encubridor de asesinos*, y que tiene la seguridad de que no hay católico que al levantarse del confesonario absuelto de sus culpas, se atreva á mirarse en el espejo de su conciencia con más serenidad y placidez que él lo hace!

¿Pero á qué tratar de esto con gentes que hablan distinto lenguaje que el mío, y que, menguados de cerebro y emponzoñados de corazón, ni siquiera se explicarán este párrafo con que termino?

Yo siento, y no es esta la vez primera que lo digo, gratitud profunda hacia Morral. Sin conocerme personalmente, tenía formada de mí una opinión justa. Comprendió que si hubiera venido antes á hablarme de lo que proyectaba, yo habría tratado de impedirlo por todos los medios á mi alcance; como comprendió, después de cometido el crimen, que podía venir á confiarme lo único que le restaba en el mundo: la vida. ¿Cómo no estar reconocido á un hombre que me juzgó tal cual soy, y creyó que únicamente podía venir á ampararse de mí, enemigo del terrorismo, en una población de seiscientos mil almas?

Y después, queridos amigos, de haberos dicho esto en serio, yo os ruego nuevamente que osiais de todos los juicios que los clericales emitan sobre mí, de todos los hechos que me atribuyan, de todos los insultos que me lancen.

Ahora, si algún día (lo que no espero) oyérais decir que me habían elogiado por algo que yo hubiese hecho ó dicho, os suplico que sin más datos, sin vacilar, vengáis todos á escupirme á la cara, á menos que no os detenga el honrado y justo temor de manchar vuestra saliva; porque aquel día, ¡lo juro por la diosa Verdad que tanto amo!, sería yo tan miserable y tan canalla como ellos.

Variando de estilo

Un papel carca que se titula *La Cruz y la Espada*, en vez de llamarse algo enteramente distinto, *La Gaxúa y el Puñal*, por ejemplo, dijo que alguien le dijo en los primeros instantes, que Canalejas había sido asesinado por un fraile.

Si lo creyó, por suponer que pudiera muy bien haber sido, allá él; yo no entro nunca en el sagrado de la conciencia. Por lo que no paso es por qué, al verse cogido, dijera que yo lo había dicho en EL MOTIN.

No, papel destinado á fraternizar con el excremento, no; yo no he dicho tal cosa, aun cuando hubiera sido disculpable llamando antecedentes de frailes asesinos.

Doy las gracias á *El Porvenir del Obrero*, de Mahón, por haber negado el supuesto; mas le ruego que no se moleste otra vez en desmentir nada de lo que esos hermanos carnales del compañero de San Antón digan contra mí. ¡Estoy ya tan acostumbrado á sus gruñidos, que ni los oigo siquiera!

¡Las veces que han dicho en sus papeles *higiénicos*, que yo había atribuido en EL MOTIN á los jesuitas el atentado de la calle Mayor! Y sin embargo, no he descendido á desmentirlos. Con gentecilla tan ruin no se discute nunca, ni jamás se debe tratar de convencerla. La dignidad humana tiene sus fueros.

Además, que sería completamente inútil; casi tanto como pedir á las cucarachas que no se albergasen en las carboneras, á las moscas que no se posaran en la basura, y á los escarabajos que no comieran sustancia cerebral de clericales. Si han sido creados para eso, y de eso viven ¿qué han de hacer los desdichados? Ningún ser puede sustraerse á la ley de su naturaleza.

Como habrás observado, querido colega, yo jamás discuto con esa gentuza. Me aprovecho á veces de lo que rebuznan, para decirles algo que me conviene, ó para soltarles un palo, un puntapié ó un salivazo. Pero nada más.

Aunque si; no me acordaba; algo más hago: fumigar el palo después, humedecer en sublimado la bota, y enjuagarme la boca con un buen desinfectante, por si acaso. La teoría *microbicida* me ha hecho muy precavido, y le temo más que á acostarme en una cama donde haya acabado de espirar un enfermo de tisis, de tifus ó de cólera, á poner en contacto mi bastón, mi bota ó mi saliva con un apostado de barbarie irgénita.

Gracias, repito, á pesar de todo, por tu defensa, que me ha dado pretexto para echar esos delicados (delicados para ella) piropos á esa chusma.

LIBRO NUEVO

¡LIBERTAD Y Á ELLOS!

En la presente semana pondré á la venta una colección de artículos con ese título.

Precio dos pesetas.

Una cincuenta para suscriptores y correspondientes.

¿Se puede?...

He recibido ayer una carta de Jaime Brossa. Dice así:

«Mi querido Bonafoux:

Por si acaso le hubiera pasado inadvertido, le mando un artículo de *L'Humanité* de esta mañana, que le brinda la oportunidad de hacer otro de su cuño para España y que puede ser sensacional y patético.

Por las calles de Montmartre y en el *Boix*, el azar me ha permitido entrevistar esos seminómadas que venden barquillos, los cuales son, en su mayor parte, de la provincia de Santander. Cabrero, Samper y yo tuvimos ocasiones de acercarnos á varios.

Lo que yo sabía por ellos lo veo confirmado en el interesante artículo que le envío.

Si, como en otro tiempo, tuviera yo á mi disposición periódicos de Barcelona y Madrid, hubiera ya levantado la voz contra esa explotación de niños, basada en un contrabando criminal, debido á que hay todavía Pirineos...

Creo que pensará usted lo que yo, así como verá con placer que no le olvido, y menos cuando se trata de defender causas justas.

Le quiere de veras su amigo inolvidable. —Brossa.»

Mi contestación:

«Mi querido Brossa: Muchas gracias por los recortes, y, más aún que por ellos, por haberme dado la ocasión de ver que hay en París un español que interrumpiendo «el duelo general» por un grande, se acuerda de pequeños desvalidos y maltratados.

Ya que no materialmente, mental y cordialmente le estrecho la mano. —Bonafoux.

Leí el artículo de L. M. Bonneff. ¡Qué requisitoria!

Niños españoles que duermen por tandas de cuatro en una misma cama de un desván y tienen que despertarse á las tres de la madrugada para hacer barquillos, quemándose las manos, y salen á la calle con 40 céntimos para las dos comidas del día, y con la amenaza de ser apaleados por el amo si venden menos de 4 francos 50 los días de labor y 10 francos los días de fiesta; niños españoles vendidos por sus padres á razón de 100 y 120 francos los que no tienen 12 años, y 150 y 200 francos los más viejos; niños españoles que se alimentan de la misma carne infecta que los carniceros venden para los perros, y visten

andrajos que les vende el amo; niños españoles que residen en Levallois Perret y trabajan en Chatou, que dista 14 kilómetros, por lo que tienen que recorrer 23 kilómetros diarios, y como tardan tres horas en recorrer 14 kilómetros, necesitan salir de Levallois á las cuatro de la madrugada —¡á veces con 12 y 14 grados bajo cero!— para estar á las siete en Levallois; niños españoles aterrados á golpes y navajas (*sic*) por sus amos; niños españoles que...

En la fábrica de vidrio de la Plaine Saint-Denis—dice L. M. Bonneff las noches son lúgubres. El pequeño que va á sacar agua se inunda enseguida, el agua cuela en sus alpargatas, y el pequeño, aunque con que maduras que se hizo en el horno, tiritaba. Su cuerpo es una lla. A primera hora, cuando regresan, no pueden acostarse enseguida ni tomar café. Tienen, ante todo, que ir cerca del canal, á la fábrica de gas, á buscar los sacos de cok revendidos por sus amos en la Plaine Saint Denis. ¡Es su martirio, atroz, atroz!

«Señor conde de Romanones:

Hace seis años, cuando yo consigné la primera protesta contra tantas infamias y explotaciones, usted me escribió:

«Sr. D. Luis Bonafoux:

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida:

Ha hecho usted bien en dirigirse á mí con su laudable y humanitaria campaña en favor de desgraciados niños como Delfina Barreal. Cuanto puedo hacer tratándose de hechos y personas sometidas á jurisdicciones que no es la española, lo he hecho, y confiando fundamentalmente en la rectitud probada y generosos sentimientos de las autoridades francesas, siento no tener ocasión de contribuir yo más directamente á la acción de justicia y caridad que reclama el caso expuesto por usted en términos euérgicos y conmovedores.

Queda de usted muy atento y afectísimo S. S. q. b. s. m.—C. de Romanones.

De entonces acá, señor conde, ¡cuanto terreno arado en el calvario de los pobres niños españoles! ¡Ha leído usted, en la *Bataille Syndicaliste*, el artículo *Contre la traite des enfants*?...

Ya sé yo, señor conde, que no tiene usted ninguna culpa en lo que ha ocurrido después. Pero ¡no podía usted, como jefe del Gobierno español, cooperar á que no se repitan los horribles atentados—¡esos sí lo son!—que la Prensa europea ha denunciado últimamente?

Aquí tiene usted, señor, mi humilde pluma para ayudarle en cuanto pueda.

LUIS BONAFOUX

Los cantones de España

Que no es la misma la Ley de jurisdicciones en toda España, sino que en unas provincias es de un modo y de otro en otras, lo prueba el hecho de ser perseguidos en provincias artículos que no lo fueron en Madrid.

Que no es la misma la Ley de imprenta, lo prueba el hecho de las *Hojitas Píadas*, publicadas con todas las de la ley, no denunciadas en Madrid y perseguidas por fiscales de audiencias de tercera cla-

se ó por fiscales de entrada. Y otros mil hechos de índole parecida.

Que sin cambiar la letra de la ley, cambia para el ciudadano, lo prueba el que son perseguidos bajo el poder de los liberales, artículos y grabados que fueron aprobados por los conservadores de otros tiempos.

Que además de estos cantones de lugar y de tiempo, hay los cantones de clases sociales, lo prueba el hecho de la fiera persecución de unos, junto con las amables complacencias con otros.

Que hay fueros en Navarra y Vizcaya para la tributación y para el servicio militar; que hay en un país migueletes y en otro mozos de la escuadra... lo sabemos hace tiempo.

Que hay lugares cerrados á la autoridad nacional, en cuyo dintel tiemblan los funcionarios que muy tranquilamente penetran en la morada de los demás ciudadanos... Ya lo sabemos, ya lo sabemos...

Lo que no sabíamos es que el gobierno de S. M. Católica, en nombre de un poder consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, fuese capaz de consagrar á Mahoma como profeta inviolable y que reponga en su vigor la *caauca ley de Moisés*.

Y esto se ha hecho en el art. 18 del tratado franco-español, que dice: «Los dos Gobiernos se obligan á hacer que se respete la libertad y la práctica externa de todo culto existente en Marruecos.»

Tenemos, pues, un cantón de libertad religiosa absoluta, que el gobierno de Su Majestad Católica con todo su poder no podrá traspasar, así los reyes pidan al Papa la relajación del juramento empeñado, porque ¡ay! á las relajaciones del Papa los Estados de Europa responderán con un corte de mangas.

Y acerca de ello, nos dice *La Epoca*:

«Es el caso que nuestros anticlericales dicen, con cómica indignación, que es intolerable que para Marruecos suscribamos ese art. 8.º, mientras sigue para España vigente el art. 11 de la Constitución de 1877, y algún periódico llega á decir que estamos en el viejo solar, ¡amenazados incluso del restablecimiento de la unidad católica!»

Amable colega:

La unidad católica ¿no está ya restablecida con todo su furor? ¿Qué significa, si no, la consagración al Corazón de Jesús? ¿No ha sido eso hacer voto público y solemne de ofrecer al Padre Santo de Roma las cabezas que le vayan señalando los jesuitas? ¿No ha sido firmar con el Dios de Roma algo así como una alianza semejante á la de los reyes de Israel con Jehová? ¿Qué infundio será, si no, esa consagración? Porque suponemos que le habrá sido consagrada toda España, incluso los toros, las tabernas, los burdeles... todo, sin excepción...

Esa consagración no ha sido legal; no ha tocado la letra de la ley; sólo ha tocado su espíritu, y ha venido á declarar al mundo que los gobiernos del rey están juramentados para interpretar las leyes vigentes con espíritu consagrado, es decir, teniendo por inútiles y sacrílegas las contrarias á la unidad católica...

Sup'antar al Ejército con el Requeté; la escuela pública con el colegio monacal; la policía con la Defensa Social... minar la ley, derribar los obstáculos que se oponen á esta labor de zapa, acabar con los heraldos contrarios, suprimir la inmunidad del diputado de oposición... ¡avanzar en la oscuridad del sótano del Estado hacia la unidad católica restablecida de hecho en la aplicación de las leyes!

¿Y no hay unidad católica?

La *Epoca* dice que no; que tenemos el liberalísimo artículo 11 de la Constitución, del cual dice:

«Si es tal la amplitud de ese artículo undécimo de nuestro Código fundamental, que se toleran ó se dejan impunes, en definitiva, cuantos escarnios se cometen contra la Religión católica, que es la de todo el país que tiene alguna, y que es la del Estado! Eso no podrá suceder en Marruecos respecto de la religión mahometana que las autoridades francesas y españolas habrán de amparar enérgicamente de todo escarnio y de todo atropello, con gran satisfacción de nuestros anticlericales y de los de Francia, siempre que los escarnecedores fueren católicos. ¡Esos racionalistas son así!»

¿De veras, eh? ¿En España no se castiga el escarnio al culto y clero?

En el año de gracia de 1912 se han dictado por los tribunales españoles algunas docenas de sentencias de lo más exorbitante que vieron los siglos.

Al amigo Ferrándiz le han calificado de blasfemia lo que la Inquisición no se atrevió siquiera a condenar como falta leve. Se ha declarado indiscutible la vida dudosa de San Ignacio de Loyola, lo que sólo es compatible con las más rabiosas leyes del Índice Romano. Y se ha llegado á denunciar escritos de Flammarión y de Víctor Hugo, á pesar de sus firmas, ante las cuales descubrense los magistrados y soberanos de todas las naciones.

Todo esto aparte, concluyamos con una observación final que *La Epoca* no insinúa siquiera.

Ese pacto del Tratado franco-español está contra la Constitución del Estado.

Ella impide á los Gobiernos y á las Cortes autorizar en territorio alguno nacional la libertad de cultos.

En España ¡en toda España! podemos lanzar contra judíos y moros de todas las razas, todos los escarnios, insolencias, blasfemias soeces y ofensas que se hallan en el Misal romano, en las Bulas pontificias, en las Pragmáticas de los reyes y en las sentencias del Supremo.

He aquí, pues, un cantón de España en donde no regirá la Constitución.

El juez, en Africa, será librecultista como los franceses y yanquis, y hará respetar los cultos blasfemáticos contra el catolicismo. El mismo juez, en España, condenará al mahometano que en público se ponga á orar á Alá.

¿No será ridículo que un juez se vea obligado á defender en Pinto el honor del infame Mahoma, según nuestra santa Iglesia lo llama, y en Valdemoro á sostener que sí, que es un infame impostor?

¿Puede el Sagrado Corazón de Jesús

salir á la defensa de Mahoma y hacerse garante de su libertad?...

¡Oh, sentido común: bien se ve que los gobiernos del rey no lo poseen para sí, ni ven que los demás lo poseamos!

Será donoso leer una sentencia que diga:

«En nombre de la Santísima Trinidad fallo que debo declarar verdadera, lícita é inviolable la doctrina de Mahoma, que llama á la Trinidad un concepto monstruoso, á los santos unos bergantes y á los católicos, perros malditos... En nombre de Cristo queda blasfemado Cristo... En nombre de la nación católica consagrada al Corazón de Jesús... queda consagrado Mahoma y la sentencia del Saneamiento, contra Cristo...»

Donoso... ¡muy donoso!

¡Peor que en Marruecos!

R. MAYOL

El Dalmacio ese

El mamarracho carca llamado así, ha dicho en la Coruña, hablando de Canalejas:

«Ha desaparecido del mundo de los vivos un implacable enemigo de la Iglesia. ¡Justicia divina, decretos de la Providencia de Dios! Que en Gloria esté Canalejas, si es que Canalejas puede estar en la Gloria.»

En tiempos de la Revolución del 69, hubo en Madrid un tipejo ridículo y *adalmaciado*, que se hizo célebre parodiando por tabernas y cafés las maneras y las actitudes de un rey: le llamaban Ángel 1.º, y adquirió celebridad y garbanzos por ese procedimiento.

¿Si se habrá enterado de esto el Dalmacio, y propuesto aprovisionarse de popularidad grotesca empleando el mismo procedimiento de parodiar á los tontos?

Retratados

«El Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, ha dirigido atentas comunicaciones á los obispos de Seo de Urgel, Solsona y Barcelona, rogándoles que ordenen que en todas las misas se rece la oración *ad petendam pluviam*, para impetrar del cielo el beneficio de la lluvia, tan necesaria á los sedientos campos.»

Esta noticia representa todo un estado de civilización.

Mientras otras naciones construyen pantanos y canales para regar las tierras, nosotros pagamos misas para que llueva.

¡Oh España de mi corazón, y que salve eres todavía!

Si un centro oficial y científico, y que, por lo tanto, hay motivos para sospechar que pueda tener alguna cultura, cree que el rezo atrae sobre los campos la lluvia, ¿cómo hemos de extrañarnos de que por esos pueblos y aldeas, llenos de analfabetos, ejerza aún el cura poder omnímodo, y que la raza degenera á toda prisa, extenuada por falta de alimento corporal y sufriendo indigestiones de viandas espirituales?

Siempre que leo alguna noticia relacionada con los mozos que se libran del servicio militar por falta de peso y medida, pienso en que deberíamos dejar algún hueco en la justa indignación que nos causan los *atentados personales*, para colocar en él la que debería causarnos este *atentado nacional*, realizado constantemente, y que acabará por convertirnos del todo en un rebaño de ovejas sarnosas, dedicadas á balar plegarias.

¡Y tenemos todavía la fanfarronada de ostentar en el escudo nacional un león! Un gato desmirriado estaría más en armonía con lo que hoy somos y representamos.

Se me ocurre ahora que quizás esos señores del Instituto Catalán sean lo bastante ilustrados para no creer que las lluvias puedan venir á la tierra por el canal de la oración, y qua habrán dado ese paso, vergonzoso en el terreno científico, por seguir las corrientes de hipocresías productivas que hoy circulan por toda España...

Pero como en este caso que farían peor aún, rechazo de mí ese pensamiento.

¡EL ACABÓSE!

Un carca que firma *Cañonazos* en un periódico, órgano de la partida (que no partido) de San Sebastián, escribe entusiasmado:

«Ciertamente, aunque mal os pese, se está haciendo el resurgimiento del partido Jaimista: hasta hoy todo ha sido fundación de requetés, de aquí en adelante será la organización militar; pero radicalmente, ejerciendo continuos paseos militares, tiro al blanco y ejercicios de gimnasia para cuando llegue el acabose no nos coja desprevénidos...»

¡El acabóse! Pedidle á San Apapuelo que no llegue, porque será para vosotros, carcas impuros.

Y esta vez, de verdad; no con abrazos de Vergara, ni con arreglos de tpa-dillo, para pagar pensiones á ningún miserable que haya ensangrentado á España.

Como yo viva para entonces, os juro, congéneres de *Fergón*, que he de hacer cuanto pueda para que no volváis á levantar cabeza por los siglos de los siglos. Amén.

LA CARIDAD CRISTIANA

El convento de las Capuchinas

Un periódico, neo hasta el hueso, ha publicado un suelto que dice así:

«Es verdaderamente bochornoso y lamentable el que en un sitio tan céntrico como la plaza del conde de Toreno, se permitan por parte de nuestras autoridades las escenas que contra la moral y buenas costumbres vienen ocurriendo en la puer

ta de la iglesia del convento de religiosas Capuchinas.

Mientras que en el interior todo es recogimiento y santidad, en el exterior ocurre lo contrario; porque entre mujerzuelas y borrachos se disputan con grandes escándalos el quicio de la puerta, amontonando gran cantidad de paja, virutas y papeles para hacer más cómodamente la cama; hacíanse unos con otros, y como las noches están frías por la madrugada encienden la cama para calentarse, con peligro de que alguna vez ardan las puertas de la iglesia.

Esto ocurre diariamente.

Interrumpamos la lectura para hacer algunas consideraciones.

Esas «mujerzuelas» y esos «borrachos» de que habla el periódico neo, no existen. Hay, sí, por las noches, grupos de infelices mendigos, de pobres sin hogar, que se refugian en el quicio de aquel y de otros muchos conventos de Madrid para pasar la noche sobre los duros pedregales, resguardándose un tanto de la lluvia y de la nieve y prestándose unos a otros el calor de sus cuerpos y el mezuquino abrigo de sus harapos.

Como la Iglesia es, ó debe ser, madre de los desamparados, acude la famélica horda a esos lugares, y allí puede ver a los «golfos» hacinados y tiritando cualquier transeunte trasnochador.

Pero, sin duda, a las monjitas que están dentro y tienen magno lecho y mejor cena les molestan los mendigos que duermen en las puertas de sus confortables residencias, y claman, por boca y pluma del periódico neo, hasta contra el montón de paja sucia y húmeda que a algunos les sirve de cabezal, y realmente hacen bien en quejarse contra esos desgraciados que nada les llevan y sólo incomodidades ilusorias les producen.

Además, quejarse contra eso es una martingala que el mismo periódico descubre a renglón seguido, diciendo:

«Todo esto podría desaparecer muy bien si las religiosas pudieran costearse una reja de hierro para la puerta, y se evitarían estas vergonzosas escenas. Pero los apuros por que pasa la Comunidad son tales, que apenas se tiene lo necesario para el sustento diario, pues se ve en la triste situación de no poder hacer nada. Y sólo cuenta para estos gastos con los buenos corazones que quieran contribuir con sus donativos para poder llevar a cabo tan meritoria como necesaria obra.»

¿Comprende, lector?

La cuestión es sacar una verja a cualquier beata rica ó un envío de víveres a la despensa de las monjas.

Y a los pobres que duermen sobre paja en la vía pública, ¡que los parta un rayo!

Así se practica, gracias a Dios, la caridad cristiana por las monjas capuchinitas.

España Nueva

Los afines

Un papel cerca de Castellón le dispara esta andanada a los conservadores:

«El que siembra vientos es preciso que recoja tempestades; y vosotros todos, liberales empedernidos aunque algunos os vistáis con el ropaje de píos y os llaméis conservadores, sois el sostén, la causa y el amparo de los desastres que hemos sufrido los españoles en el cuerpo y en el alma, porque lleváis con vosotros y profesáis con ahínco los principios del maldito liberalismo...»

Una de las cosas en que se fijan pocos políticos, es que la vuelta de los conservadores aceleraría el momento de echarse al campo los carlistas.

¿Qué como, pensando todos casi lo mismo? Por eso precisamente. Las pequeñas diferencias las que más separan.

Llegaría pronto el día en que los conservadores no pudieran, so pena de traicionar al trono constitucional, acceder a las exigencias cada vez más apremiantes de los clericales, y aquel día se armaría la gorda.

Y como el país, al que habría ya exasperado al límite los conservadores, no les prestaría toda la ayuda moral y material para que triunfara, guerra civil en puerta, é intervención a la vuelta.

Estamos mejor que queremos los descendientes de Mendizábal; casi peor que a la muerte de Fernando VII.

¡Y que se haya derramado tanta sangre para esto! Ni con cien vidas que tuviera cada uno, pagarían el crimen que han cometido conservadores y liberales abriendo las puertas de España a frailes y jesuitas!

ACTO DE JUSTICIA

Paseaba un obispo por un bosque, y al ver unos carboneros sentados en el suelo delante de un gran cesto lleno de carne, le picó la curiosidad é interrogólos sobre lo que estaban haciendo.

—Eminencia, dijo uno de ellos: se trata de una apuesta; ese cesto es el premio que se adjudicará al que diga la mentira más grande.

Sorprendido al par que colérico, el obispo repuso en tono duro:

—¿Mentir? ¡Qué gran pecado! ¡Maldito sea el que falte al octavo mandamiento! Yo, desde que nací, jamás dije una mentira.

—Entregad la carne a su Eminencia, replicó tranquilamente el carbonero.

Un poquito tarde

El arzobispo Nuel ha sido elegido presidente de la República dominicana.

El *Progreso*, de Barcelona, después de hacer relación extensa de las mañas de que se han valido los jesuitas para conseguirlo, dice:

«Quisiéramos que los librepensadores, los laicistas, los republicanos y demócratas y la opinión sensata y honrada se fijaran en estos hechos y se previnieran contra ellos.

Es preciso formar una legión fuerte, jó

ven, enérgica, briosa, compuesta por voluntades generosas para el sacrificio, por cerebros emancipados de religiones y prejuicios, rebosante de savia científica racional, y que denodadamente luche en todos los terrenos contra el jesuitismo, y no precisamente contra el de hábito, que es el menos ofensivo, sino contra el que se esconde dentro del traje civil, dentro de la americana, y á veces, hasta dentro de la blusa obrera.

Hay que formar esa falange si no queremos ver pronto el triunfo del jesuitismo político.

La Juventud librepensadora tiene que cumplir ese deber y esperamos que lo cumplirá.

Si no, habría sobrado motivo para renegar de ser hombre.»

Bien por esa excitación: todo republicano que no se siente clerical por dentro debe atenderla.

Esto no quita para que yo, cada vez que oigo esos gritos de combate, piense en los que he venido dando en desierto desde el año 1876, puesto que la mayoría de mis correligionarios no los han oído.

Verdad es que eran más fuertes los que ellos daban, de:

«¡Viva Fulano! ¡Viva Mengano! ¡Viva Perencejo!

Gritos a cuyo campamento los enemigos ocupaban silenciosamente las posiciones desde las que hoy nos combaten.

A. M. D. G.

Jesuitas captadores de herencias

Aquella buena sociedad santanderina que vistió de máscara el cadáver del librepensador Coll y Puig; que ensució, deshonrándose, el busto del inmortal don Augusto Linarete; que dejó morir *La Voz Montañesa* y *La Voz Cantabria* porque el obispo prohibió su lectura; que hace la cruz al ilustre, al honorable, al bonísimo Extrañi, y que da en el Ayuntamiento, en los Circulos, en el teatro y en las calles muestras de hipocresía, merece ser despreciada, explotada y robada por la Compañía.

De aquí el gozo con que hemos recibido la noticia. No es nueva, no es un caso raro; es el eslabón de larga cadena. La Compañía y el obispo perpetuo de Santander arruinaron a un buen señor, administrador y sostén de *La Alalaya*. La Compañía ha perseguido y molestado al mismo obispo, al clero secular, a párrocos ejemplares, cual el ya difunto de Santa Lucía, y a frailes y hermanucos de poco pelo.

A cada noticia de estas nos frotamos las manos, bebemos a la salud de la Compañía y damos dos zapatetas en el aire. El notición de ahora nos vuelve locos de contento.

Vosotros lo habéis querido, maridos bragazas, hombres sin virilidad, ciudadanos sin civismo, hipócritas sin religiosidad; ¡tomad jesuitismo!

Y vamos al caso.

A poco de fallecer en Santander la respetable Sra. D.^a Dolores Sierra, viuda del caballero vascongado, vecino de la capital de la Montaña, donde fué estimadísimo, D. Pedro José Nardiz, empezó el run run. Que si se ha fugado el director espiritual de la finada; que si dejó más de dos millones de pesetas, de las cuales no han visto ni una triste *perruca* las hermanitas de los pobres, la parroquia de la feligresía, ni la familia de la muerta, ni la de su marido; que si las herederas han sido unas damas testafierros de la Compañía; que si fué, que si vino... El run run fué tomando cuerpo y se ha convertido en un ventarrón que ni el sur cuando sopla de firme.

En fin, como no nos gusta pensar mal de esa Compañía, gracia de Cristo y honra de la Iglesia Católica, vamos a copiar lo que un respetable señor, sobrino político de la finada, escribe en el *Boletín de Comercio*, uno de los diarios más antiguos de España y más refractario a las contiendas religiosas y a las disputas políticas.

He aquí la carta del Sr. Nardiz. Es notabilísima. Parece un capítulo de *El bandido hacia fuera*, que dijo el P. Mir, y no estaría mal en la hermosísima novela de Pérez de Ayala, *A. M. D. G.*

A la mayor gloria de Dios y de su Compañía, copiamos, sin más preámbulos, la carta. Leedla, hermanos; copiadla, cofrades:

«Al Padre Salvador, S. J.»

Yo también, reverendo padre, volviendo como usted por los fueros de la verdad, deseo que ésta resplandezca en el tristemente asunto de la testamentaría de D.^a Dolores Sierra. No mereció la pobre señora andar después de su muerte en lenguas de cualquier desvergonzado, ni merecemos los que hemos sido sus allegados y llevamos dignamente el apellido siempre honrado de mi inolvidable tío D. Pedro José de Nardiz, figurar en letras de molde entre los que, con fines que no discuto y que pueden ser muy piadosos, han venido hace tiempo provocando el actual escándalo.

Quiero, como usted, que se haga luz en el asunto; y pues que ha tomado en defensa de la que juzga benemérita Orden de San Ignacio la iniciativa pública para ello, someto al buen juicio de usted a algunas consideraciones que brotan al correr de la pluma, y que por haber llegado á ser la conversación popular de actualidad, con la que los amigos y no amigos nos asedian á los que á la familia Nardiz pertenecemos, pretendo que usted conozca, para que en sus intereses cristianos procure comprobarlas y ratificarlas, ó desmentirlas si acaso una ofuscación de los sentidos ha hecho ver á las gentes lo que en realidad no haya quizá existido.

Creo, respetable padre, que al común sentir de las gentes importa poco que la considerable fortuna de que se trata pasara á D.^a Caya Zunzunegui ó á D.^a Caya Olazábal y Ramerí, pues todo el mundo sabe que á ninguna de las dos damas llegó á conocer para nada D.^a Dolores Sierra; creo también que nadie ignora que el testamento no consignaba nada absolutamente para los padres jesuitas, y creo también

que al pueblo no costará trabajo creer que no existían en la casa de la difunta seis arrobos de plata.

Pero ya se dará usted cuenta, en su buen criterio, de que la bola de nieve aumenta sin que haya fuerzas que contengan el crecimiento, y que para evitar éste es necesaria una detención absoluta en el rodar.

¿Cómo contendremos la que la muerte de mi pobre tía ha promovido? ¿Con la verdad tan sólo? ¿Por qué no logra usted que se hagan públicos en toda su integridad el testamento de D. Pedro José de Nardiz y los dos testamentos de su esposa D.^a Dolores Sierra, otorgados, uno de ellos poco antes y otro poco después de su conocimiento con el padre Ortiz, S. J.?

Quizá ello sea difícil, quizá leyes que desconozco no lo consientan. Pero en mi amor grande á la verdad, quiero ser con usted sincero; y ya que lejos del mundo real, de sus miserias y de sus groseras materialidades, y entregado tan sólo, como sus hermanos de Orden, al sacrificio por Dios y la salvación de las almas, vive ajeno á las voces de la tierra y desconocerá, por tanto, lo que la maledicencia ha podido inventar respecto al asunto de triste actualidad, quiero, respetable señor, contar á usted algo de lo que se dice, para que, con conocimiento de causa, pueda, con mayores medios, laborar en defensa de la Santa Institución á que por su dicha pertenece.

Se dice que D.^a Dolores Sierra formuló dos años antes del fallecimiento de su hermana D.^a Carmen un testamento ológrafo, que conoce un respetable sacerdote no jesuita, en el que repartía una considerable parte de su fortuna entre institutos de Beneficencia de Santander y de Bermeo, sin que figurara heredera de la más mínima parte de sus bienes D.^a Caya Olazábal y Ramerí.

Se dice que ella y su hermana, poco amigas en aquel entonces de los jesuitas, distinguían con su afecto y protección á otras Órdenes religiosas (Hermanas de la Caridad, Hermanitas de los Pobres, Siervas de María y Salesianos, principalmente), y hacían también objeto de sus limosnas á la parroquia de Santa Lucía, á que como feligresas pertenecían.

Se dice que poco antes del fallecimiento de D.^a Carmen entró en casa de ellas, á caza de dos almas para el cielo, el padre Luis Ortiz, de la Compañía de Jesús.

Se dice que este consiguió, momentos antes de morir D.^a Carmen, que relevara del cargo de albacea á algún deudo muy querido y fuera suplantado por D. Juan Manuel Aguirre, que en aquella casa era hasta entonces desconocido.

Se dice que en el testamento de doña Carmen se consignó alguna cantidad de importancia á nombre de una señora, para ella también desconocida, pero que era muy afecta á la Orden de San Ignacio.

Se dice que, muerta D.^a Carmen, se posesionó de la casa de D.^a Dolores el ya repetido padre Ortiz quien, con anuencia de sus superiores, pasaba á diario largas horas en aquel domicilio, á que no había sido llamado, consiguiendo retraer de él á las personas más afectas á la catequizada.

Se dice que, dueño de la situación el padre Ortiz, logró poco á poco perturbar la razón de D.^a Dolores y transformar su vida apacible de tranquilidad y prácticas piadosas por otra vida accidentada de escrúpulos y temores ante una eterna conde-

nación, cuando siempre había tan sólo practicado el bien y la caridad.

Se dice que á la vez que aumentaban sus sufrimientos morales, jamás merecidos, y sus larguezas hacia la Compañía de Jesús, manifestadas más tarde en hermoso monumento que las gentes pueden contemplar, se reducían las limosnas á Ordenes necesitadas de la caridad y se suprimía... la costurera que á sus expensas trabajaba para los ancianos desamparados de la calle de Santa Lucía.

Se dice que el secuestro del padre Ortiz, llevado á términos inconcebibles, había hecho desaparecer de aquella casa á deudos y amigos, á los que la ya enferma llamaba en las lucideces de su inteligencia, y los que en un extremo de caballería, desinterés y quizá falta de valor, no habían arrojado á la calle al jesuita tan pronto como había empezado el bloqueo que con las mal empleadas artes de la religión había llevado á feliz término.

Se dice que amo de la voluntad de doña Dolores el padre Ortiz, había inspirado un testamento que se otorgó ante testigos desconocidos para la otorgante, y cuyas formalidades se llenaron en gabinete guardado por una que había sido sirviente de la casa, con consigna de que nadie, fuese quien fuese, pudiera acercarse á la habitación en que se firmaba la voluntad de mi tía.

Se dice que en dicho testamento se hace un legado de treinta mil pesetas (la fortuna ascendía por lo visto á unos dos millones) á los cuatro únicos sobrinos no políticos de D.^a Dolores Sierra. Se dice que figuran otros legados, cuya suma llegará á doscientas mil pesetas, y el remanente, como usted dice, aunque yo llamaría remanente á los legados, queda, con muebles, ropas y efectos, hasta los más íntimos, á favor de D.^a Caya Olazábal y Ramerí, señora muy respetable á la que doña Dolores no conoció, pero á la que se dice conoce el padre Ortiz y otros padres de la Orden. Se dice que no queda nada para establecimientos benéficos.

Se dice que en la mañana del día en que murió D.^a Dolores Sierra se consiguió de ella una firma, más ó menos consciente, que sirvió para sacar de un establecimiento de crédito de Santander, y por el conducto de un corredor afecto á la Orden, una cantidad importante de pesetas en valores públicos, que fueron ingresados en el Banco de España á nombre de D. Juan Manuel Aguirre, con lo que se evitó al Estado un ingreso considerable por pago de derechos reales, que debió satisfacer... doña Caya Olazábal Ramerí.

Se dice... pero se dicen tantas cosas, reverendo padre superior, que sería una larga y triste historia la colección de lo que quizá sea inventado por la fantasía popular. Recoja usted de ello lo que pueda convenirle y destruya la falacia, que en mi sentir piadoso debe existir; y si al acudir á los Tribunales en vindicación de la honra de la Compañía de Jesús, puesta ahora en entredicho quizá por algún malvado, quiere usted mi concurso para deponer como testigo, no dude en solicitar mis modestos auxilios, pues que en obsequio á la verdad que usted y yo defenderemos, diré algo más que se dice, que á mí ha llegado, y que callo por ahora en obsequio á consideraciones para mí muy respetables.

Le besa la mano su atento,

ALFREDO DE NARDIZ Y URIBARRI
Noviembre de 1912

¡Admirable! La Compañía hace más

por el anticlericalismo, y aun por la des-catolización de España, que todas las logias y todos los clubs de librepensadores, republicanos, socialistas y demás gente impía. En Ella confiamos. La Compañía es sagrada para nosotros. Acabará primero con el clero secular, matándolo de hambre, y luego eliminará á los demás frailes. Los jesuitas son sabios, son hábiles, son perfectos. Antes resolverán ellos la cuestión clerical que los liberales españoles.

ROBERTO CASTROVIDO

A un reverendo

Pillo, granuja y otras lin lezas te ilama el vulgo, mal avenido con los honores y las riquezas que tus consocios han adquirido. Pero ¿qué importa que el vulgo necio en injuriarte ponga su afán? Tú le contestas con el desprecio. ¡Ruja el infierno! ¡Brame Satán!

Hecho el negocio de los millones, abandonaste tu madriguera, porque te cargan las ovaciones, que sólo gustan á gente huera. En polvorosa los pies pusiste cuando cumplido se vió tu plan, sin dedicarnos un adiós triste. ¡Ruja el Infierno! ¡Brame Satán!

¿Dónde te ocultas? ¿Quién adivina tu paradero, santo varón, si no lo sabe ni la Sardina, que te profesa tanta afición? ¿Es por modestia, ó es que no quieres que te sacudan el balanorán, ó á tus beatas otras prefieres? ¡Ruja el infierno! ¡Brame Satán!

Tus penitentes, cual tristes cabras. la ausencia lloran de su pastor, porque no gozan de tus palabras el blando arrullo consolador. Pálidas, mustias y con ojeras, á nuestras calles tristeza dan; y si no salen por peteneras... ¡Ruja el infierno! ¡Brame Satán!

Andando el tiempo, te harán justicia, y los creyentes, con devoción, verán tu imagen cardenalicia (*) junto á la imagen del Buen Ladrón. Deja que pasen los días malos; tras estos días, otros vendrán. Si de éstos sales libre de palos, ruja el infierno! ¡Brame Satán!

STONE

(*) Esto de cardenalicia parece un ripio pero no lo es. Porque lo mismo puede salir de este negocio el padre Ortiz con un capelo, que con todo un colegio de cardenales

Que lo absuelvan

Cándido Carreiras, escribe desde Mondoñedo á *Tierra Gallega* (Coruña) con fecha 1.º del actual:

«Hoy, domingo, ha sido objeto de un inesperado y brutal atentado el vendedor de *Tierra Gallega* y demás periódicos republicanos y liberales, por un sujeto forastero, ex seminarista, al servicio de la reducidísima carcundería local.

Los golpes que le fueron propinados al inofensivo vendedor, con un bastón con alma de hierro, produciéndole una herida de consideración en la cabeza, que hizo necesaria la asistencia facultativa, que solí cito le prestó el acreditado médico de esta localidad, D. Germán Fanego Salaverri.

El cobarde y vituperable hecho ha sido objeto de las más acres y unánimes censuras, máxime por tratarse de un pobre en fermo que no come otro delito que el de vocear su artículo, que los feroces *requete tistas*, por lo visto, consideran delictivo.

Los Tribunales entienden ya en el asunto, y se confía en que por ese legal procedimiento harán ellos entrar en razón al salvaje agresor, digno discípulo del cura Santa Cruz.»

El canalla que ha apaleado al vendedor de periódicos liberales, es irresponsable del hecho.

Si oye constantemente en los pulpitos, y lee en las pastorales de los obispos y en la prensa de retrete, que los periódicos liberales merecen toda execración y toda persecución, por ser enemigos de Dios. ¿qué va á hacer ese animal, sintiéndose cristiano perfecto?

Buscarse por el camino del atentado personal al menudeo, la entrada en el Paraíso. ¡Pues ahí es nada vengar las ofensas que se hacen á Dios!

Por lo tanto, deseo que lo absuelvan, y que *enchironen* á sus *inductores*: obispos, curas, frailes, periodistas con pústulas de barbarie en el cerebro, etc.

Ya que hoy está en moda buscar á los inductores, yo señalo á esos.

HUMILLACION

—«Ya no me hace falta», me dijo al despedirme el dueño de la fibrica. Y como quien quiere disimular un profundo disgusto, añadió:—«Los tiempos son malos; apenas hay tarea.» Tuvo hasta el lujo de arrojarle una mirada de compasión.

Salí. El niño mayor me esperaba con su tarterita de garbanzos y un cacho de tocino. Miré á mi hijo con tristeza y como de mala gana.

Han pasado cuatro largos días. ¿Sabéis lo que son cuatro días sin trabajo?

El tendero, el casero, todos me miran de reojo. ¿Soy yo malo, por ventura?

Mis criaturillas, aunque paliduchas, eran juguetonas y alegres. Bien me hacían reír. Ahora se me agarran al pescuezo y sueltan la moquita. Claro, sienten hambre y me ven triste. Pero ¿qué mal hicieron las cuitadas? ¿Una lágrima de un niño no vale muchísimo más que todas las riquezas, todas las esquisitices, todas las diversiones de los ricos?

Por no llorar yo también, me he escapado de casa hace unas horas. Y temblando voy de fábrica en fábrica. Temblando de vergüenza y temblando de ira.

Ofrezco estos dos brazos. ¿Me queréis creer que si se tratase de robar llevara más alta la cabeza? ¿Acaso para trabajar es también forzoso humillarse, aguantar ciertas miradas de protección, de orgullo, de insolencia?

TOMÁS MEABE

Láminas sangrientas

Voy á reproducir en papel-cartulina las láminas de *Los crímenes del carlismo* que van apareciendo en El MOTIN.

Y á fin de que puedan difundirse mucho, las venderé á 15 céntimos (10 para los suscriptores directos y corresponsales).

Cada lámina de esas, que procuraré hacer llegar á todas partes, hará por sí sola más propaganda contra el carlismo, que los relatos de sus crímenes más atroces.

Comenzaré esta semana la tirada, y la venta será por series de á cinco.

A la guerra de calumnias que los clericales nos hacen, quiero oponerle una de hechos incontrovertibles.

INDUCTORES INDISCUTIBLES

El *Porvenir Navarro* invita cortesmente á las autoridades á que suspendan detenciones y diligencias encaminadas á desenredar la madeja del atentado de Pardina, por haber ya parecido el culpable, según asegura un tal fray Matías Morales Olite, en *El Pensamiento Navarro*, al decir:

«Precisamente, cuando el Sr. Canalejas acababa de burlarse de grandes y pequeños y de la nación entera; cuando con la ley del Candado, ó el proyecto de Asociaciones, se disponía á dar otro bofetón á Jesucristo en la persona Augusta de su legítimo Vicario en la tierra, el Romano Pontífice, entonces cabalmente *el brazo de Dios cae sobre él*, y á estas horas decidida está su eterna suerte, que no parece ser halagüeña ni apetecible, si hemos de juzgar por las apariencias y por sus hechos como hombre público.»

Son muchos ya los frailes y curas que han dado la noticia de que Pardina ha obrado por mandato ó inspiración divina.

Y como esto puede muy bien despertar en los fanáticos deseos de hacer méritos para pasar por instrumentos de Dios, llamo la atención de la policía para que vigile á todos los que entran y salen en los templos.

Aunque quizás mejor sería llevar atado codo con codo á la cárcel á todo cura ó todo fraile que indujese al atentado personal á sus oyentes.

No creo que pueda darse caso de inducción más claramente demostrado.

EL MOTIN



Fusilamiento de 145 oficiales y soldados, prisioneros en Alcotas, (Teruel), e día 17 de Abril de 1836.

Dime lo que lees...

Es preciso seguir el ejemplo de nuestros enemigos y responder á una intransigencia con otra: «el que no está con nosotros está contra nosotros», debemos decir, parodiando á Cristo, y probándolo con las obras.

El clericalismo está haciendo una guerra sin cuartel y encarnizada á la Prensa liberal y avanzada, no perdonando medio alguno para desacreditarla y envilecerla. Al que lee periódicos liberales se le niega el agua y el fuego, y se le persigue por todos los estilos. Las señoras esas de la Liga declaran el *boicott* á los comercios que anuncian sus artículos en la mala Prensa, y despiden á los criados, dependientes, obreros y colonos que leen periódicos anticlericales; el cura desde el pulpito y el confesonario hace trabajos de zapa para restar una suscripción, una esquelita mortuoria, ó un anuncio en el diario avanzado, sin perjuicio de molestar y desacreditar cuanto pueden á los colegas afines sus cooperadores en clericalismo, en Madrid *A B C*, *Correspondencia*, *Imparcial*, etc., en Barcelona *Noticias*, *Vanguardia*, etc. La Iglesia y sus sabandijas no quieren partir con nadie el botín, quieren ser solos, los únicos, los privilegiados, siempre y en todo, no contentándose con debilitar al rival sino aniquilándolo, destruyéndole.

El sueño dorado, el ideal de la reacción sería la desaparición de aquella Prensa que pone al descubierto sus lacerías y saca sus trapos sucios á la colada; para conseguir esto todo lo juzga lícito y bueno, y todo medio utilizable. Su táctica va por grados: primero acorralan á las publicaciones más valientes con insultos, denuncias y procesos; después la emprenden con las hipócritas y ñoñas disfrazadas de liberales; si éstas no pueden ser exterminadas, se las tolera como mal menor, y á título de aliadas y cooperadoras. ¡Y vive Dios que lo son en verdad! Resultado de esto es que la prensa clerical con cierto perfume ficticio de liberalismo está invadiendo nuestro campo y haciendo el vacío á los periódicos y publicaciones genuinamente liberales y avanzados. Ningún republicano casi lee lo que debe leer; ningún liberal ni anticlerical está suscripto por lo general al diario que le corresponde; los periódicos avanzados no andan en manos de los clericales, pero los periódicos clericales no salen de manos de los avanzados.

Lo cual significa una de dos cosas: ó que son hipócritas y cobardes, ó que su liberalismo es falso y mentira. Examinemos lo que sucede en cualquier localidad de España: en ella hay muchos señores muy avanzados y muy liberales, pero escasamente hallaréis dos que estén suscriptos al periódico que está en diapason con sus ideas.

—¿Cómo usted, D. Fulano, que es tan anticlerical, está suscrito al *Correo de España*? preguntamos.

—Hombre—nos contesta—aquí en es-

ta localidad está todo infestado de clericalismo, y no puede uno declararse en abierta rebeldía con ciertas cosas so pena de quedarse sin pan; además la señora y las niñas les gusta leerlo, por el folletín, sabe usted, no por otra cosa, y yo no quiero disgustarlas; y, con franqueza, los periódicos *nuestros* están muy mal hechos y son de poco interés: firmas vulgares, pésimo servicio telegráfico, siempre la tijera, etc., etc. En fin, que no se pueden leer.

Y la culpa de que esto sea así la tienen los que se expresan de esta manera; porque comprando periódicos ñoños roban el dinero á los suyos, que no teniendo lectores, ni suscriptores, mal pueden adquirir firmas valiosas, extensos telegramas, crónicas mundiales, etc.

El periódico avanzado, si no tiene vida próspera, es por culpa de los mal llamados correligionarios, que no lo son, y si lo son se portan como traidores, y no como amigos leales. La prensa liberal, aun en sus más modestas representaciones, se desarrollaría pujante si los que deben no le negaran su concurso, dándole sin tasa á nuestros enemigos. El diario ó semanario clerical está muy bien en manos reaccionarias y de neos; pero está muy mal en manos de liberales y republicanos. Lea cada uno lo suyo, y tenga el valor de no leer lo que no dice nada á su corazón, ni á sus ideales. Los que no obran así venden á su partido y á sus hermanos, les restan fuerzas, los socavan y minan, y son los únicos culpables de que arrastren vida débil y enfermiza.

¿Los compran por disimulo, buen parecer y por halagar á los clericales? Pues esto es hipocresía y cobardía. ¿Los compran por gusto y por inclinación? Pues entonces no son liberales ni republicanos, ni está su puesto entre nosotros: vayanse con los clericales y sus compinches. *Dime lo que lees... y te diré quién eres.* ¿Lee la Prensa nea, y la ñoña de familia clerical disfrazada? Pues eres un clerical de tomo y lomo, á pesar de tus protestas y alharacas liberales. «Donde tienes tu tesoro allí tienes tu corazón» dice la Escritura. Al que se le van los ojos y las manos al diario clerical, es porque lleva dentro un neo, y no lo puede remediar.

Reflexionad sobre esto, vosotros los liberales y republicanos rabiosos y tragacuras que compráis *A B C* y *La Correspondencia* y otros del mismo jaez. ¿Donde está vuestro liberalismo?

FRAY GERUNDIO

Buena cogida

Un periódico indecente (suple carca) de Barcelona, ha escrito:

«Vacila el espíritu, vacila la lengua del verdadero católico ante la fosa del Sr. Canalejas. ¿Una oración? La justicia divina es inexorable. ¿Pero quién sabe? Quizá el alma del Sr. Canalejas quede purificada en las lejanías de las edades venideras.»

Te cogí, imbécil clerical.

Si la justicia divina es inexorable ¿qué nombre merecen los que viven de sacar almas del Purgatorio?

Curas y frailes que vivís de eso:

A los tribunales con ese calumniador que os pinta como hombres que cobran servicios completamente inútiles.

Si no lo hacéis, supondré que estáis en el secreto de que tiene razón.

Con esto bastaría

De *El Progreso*, de Santa Cruz de Tenerife:

«Se quiere perseguir á los inductores al atentado? Perfectamente; no nos quita el sueño. Cúmplase con rectitud la ley, si se promulga, y comiencese por recoger la obra del padre Mariana titulada: *De el rey y de la institución real*.

Mas, ¿para qué nuevas leyes con tal objeto? El Sr. Romanones ha dicho muy bien. Con las que hay basta, si se cumplen.

Cúmplase, pues, el decreto del católico rey Carlos III, por nadie derogado, que dice así:

Os revisto de toda mi autoridad y poder real para que en el acto os presentéis con fuerza armada en la casa de la *Compañía de Jesús*. Los conduciréis como prisioneros al puerto indicado, en el término de veinticuatro horas, donde se embarcarán en buques que les están destinados.

En el momento mismo de la ejecución de este decreto, pondréis sellos en los archivos de la casa y en los papeles de los individuos, sin permitir á ninguno llevar otra cosa más que libros de oraciones y la ropa necesaria para la travesía.

Si quedase un solo jesuita, aunque sea enfermo ó moribundo, seréis castigados con la muerte.—YO EL REY.»

Vuelva á ponerse en ejecución ese decreto, que nadie ha derogado, repetimos; házase extensivo á las demás Asociaciones religiosas que han entrado de contrabando en España, y nos veremos libres del anarquismo negro, responsable de innumerables atentados é inducciones, y tanto ó más temible y criminal que el anarquismo rojo de los Angiolillo, Morral y Pardina.»

¡O PARTO DOS MONTES!

«*El Correo Español* en ridículo.—Una terrible «conspiración».—Un trompetista proclama la República en España.

Desde hace un año, próximamente, los republicanos españoles estábamos que no nos llegaba la camisa al cuerpo.

Organizada la conspiración para implantar la República en España de acuerdo con un sastre portugués algo cojo y dos «carbonarios», *El Correo Español* se había apoderado de toda la documentación, listas de conspiradores, relaciones de fuerzas, plan de invasión por la frontera... ¡todo, todo, había caído en manos de *El Correo Español*! ¡Estábamos perdidos!

Hace un año lo dijo y no quisieron hacerle caso: ¡que los republicanos de Ma-

drid se entienden con los de Portugal! ¡que Soriano y Pablo Iglesias son muy amigos del embajador! ¡que tienen cañones, fusiles y muchos cartuchos! Y nada: el gobierno impasible, no haciendo caso á *El Correo Español*.

Por fin, este apreciable colega se ha enfadado y se ha dicho: ¡ah, sí? pues ahora vais á ver. Y el día 25 del actual «se arranca» con unas titulares grandes diciendo que había descubierto una conspiración y que al día siguiente publicaría las pruebas.

¡Las pruebas... tiene las pruebas!... ¿Qué va á ser de nosotros, Santo Dios?

En las casas de los republicanos no se cenó esa noche: el que más y el que menos se veía ya con cuatro Maüssers apuntándole á la cabeza y él encerrado en el cuartido formado por requetés de las tres armas. Verdaderamente horrible.

Por fin, el martes 26 apareció *El Correo Español*. La calle de Pizarro, que es donde se tira el colega, estaba atestada de republicanos que acudían presurosos á dar su óbolo de á perra chica, porque el prestar un servicio á la patria no está reñido con la caja, y buen cuidado tuvo el colega de anunciar la sensacional aparición. ¡Picarillo! Sólo con leer las titulares se le ponían los pelos de punta al hombre más «timplao».

«Cumpliendo lo prometido.—¡Ah! van las pruebas!... ¡Decíamos hace un año...—Un intendente que se comunica con Rebas.—Fuerzas en la frontera.—Infantería, caballería y las pesetas del embajador.—Organización de columnas republicanas en Madrid.—El gobierno en la higuera.—Vendrán más pruebas.»

Nada menos que eso traía de títulos; ¡á ver si no va uno á asustarse! Infantería... caballería... pesetas... columnas en Madrid... ¡lo sabía todo!

«A mayor abundamiento», como dicen los curiales, traía casi toda la primera plana llena de autógrafos, estados, recibos, listas... la documentación completa de una conspiración.

¡A ver, á ver! Una carta de uno que dice fué amigo de Ruiz Zorrilla, en la que envía la lista de los comprometidos: un comandante, un teniente, un sargento, el trompeta y dos soldados de primera y trece de segunda...

¡Pocos son para ocupar la frontera en la región extremeña, pero, en fin, vamos á ver la segunda lista! Un capitán, un teniente, un sargento, dos cabos, un corneta, dos soldados de primera y otros trece de segunda...

¡No te ríes, Agapito? ¡Ay, sí, señor!... Pasemos á las conquistas.

Aquí está el fotograbado de un recibo de dinero: las pesetas del embajador. Lo firma el jefe de la conspiración, el amigo de Zorrilla, el que se ha dejado «captar» la documentación por *El Correo Español*.

Y dice el recibo:

«He recibido de V. E. la cantidad de once pesetas y sesenta céntimos... para pago de los periódicos.»

Pero ¡oiga «usté» señor de *Correo*! ¡A «usté» le parece que con once pesetas y seis perras gordas, con la enormidad de cuarenta y seis reales vamos á hacer la revolución? ¡Y para qué queremos nosotros tanto dinero? ¿Qué necesidad tenemos de exprimir de tal manera á una nación amiga?

¡Bien, *Correo*, bien! Con que... el gobierno en la higuera ¿eh?

El Correo Español conoce seguramente aquello del parto de los montes. Lo que no conoce es el plan de los cuarenta y dos conspiradores. Pero ¡ah! ya verá, ya verá, en cuanto se repartan las 11 con 60...

Dos pes da trompeta, al frente de cuarenta pes de soldado de caballería, se internarán por Extremadura, tomando Cáceres y Badajoz, incautándose de todos los embutidos que encuentren.

Los otros conspiradores con los dos cornetas y todos los jefes entrarán en Madrid por la puerta de Alcalá y allí se les reunirán las columnas que previamente se habían concentrado en el portal de la Embajada portuguesa.

La proclamación se hará en el salón de actos de *El Correo Español*, al cual se hará órgano oficial de la República, dirigiéndolo Cirici Ventalló, el autor de «La República en 19...»

¡Pero todo ello á condición de que no nos descubra más planes ni publique más autógrafos!

La Voz de Guipúzcoa.

San Sebastián.

Gristo y su vicario

Monseñor Nagi, arzobispo de Viena, ha regalado al Papa un soberbio tronco de caballos.

No sé lo que hubiese contestado Gristo al que le hubiera ofrecido (no digo ya regalado) un par de corceles tan soberbios para su entrada en Jerusalem; pero antojásemme que lo manda á paseo en la forma más dura que por aquel entonces se usara.

Verdad que él no era más que Cristo y Pío X es na la menos que su vicario en la Tierra.

Y sabido es que los embajadores de un rey, los administradores de un título, ó los representantes de una empresa suelen ser más dados á la ostentación que sus amos y señores.

La inmoralidad de la Historia en la cuestión personal

La eterna cuestión del atentado personal, más teológica y moral que política, ha encontrado nueva ocasión de torturar las conciencias. Así, á primera vista, para toda persona que tenga noción del bien y del mal, la elección no es dudosa: el atentado personal es una iniquidad, como lo es todo homicidio. Pero sobrevienen enseguida dos objeciones: hay casos en que el homicidio según la ley, está ordenado; tal es la pena de muerte; hay otros casos en que la ley lo declara lícito é inculpable; tal es la legítima defensa. De aquí la larguísima controversia, suscitada ya desde la Edad Media, sobre la cuestión de si era lícito matar al tirano; esto es, considerar ciertos atentados como una defensa, ó declarar la licitud del atentado personal del súbdito contra el atentado personal del señor: es decir, contra el homicidio ilegal cometido por el señor. Si

tuviese á mano mi pequeña biblioteca, os diría qué obispo inglés—cuyo nombre no recuerdo ahora—fué el primer defensor de esta tesis, derivada, por lo demás, de toda la doctrina escolástica sobre el derecho de insurrección (véase el propio Santo Tomás). Recordemos, aunque sea de pasada, el caso conocidísimo del padre Mariana, quien, de conformidad con tal doctrina, excusó el regicidio de Enrique III por el fraile J. Clement, y fué, sin duda, un inductor del atentado contra Enrique IV por Chatel y de su muerte por Ravaillac. Por lo demás, el P. Mariana no hacía otra cosa que adaptarse, en aquel punto, al parecer de la Compañía de Jesús, maquiavélico, como todo buen producto del renacimiento.

Pero hue'gan estas consideraciones. No hay lector de Historia que no se haya planteado á sí mismo, explícita ó implícitamente, la cuestión del atentado personal. Más todavía, no hay lector de Historia que en un momento ó en otro no se haya declarado partidario del atentado personal, aun los más conservadores de nuestros plumíferos. Me agradaría, por ejemplo, colocar ahora ante la vista de algún amigo mío, que se escandaliza á la sola idea de toda violencia cometida por el pueblo—no ciertamente por los gobernantes—una bien reciente apología de *L'heroína* Carlota Corday, cantada por Chenier, santa asesina de Marat.

El buen lector, ingenuo y cándido como los héroes de Voltaire, abre las páginas de un libro de Historia. Comienza por la Historia llamada Sagrada, consagrada por la Iglesia. Aquí—dice el buen lector—encontraré confirmado mi odio hacia el atentado personal. Bien; no hablemos de un montón de homicidios y de matanzas santificadas por Jehová; no hablemos, por ejemplo, del celo de Jinees, hijo del Gran Sacerdote Eleazar, atravesando de un sólo golpe de espada los cuerpos de un israelita y una amalecita porque tenían contacto carnal. Abre el libro de los Jueces, y tropieza con el segundo de sus caudillos, Aod, que mata á traición á Eglon, rey de Moab... El buen lector tiembla, se estremece, duda... ¿Qué hacer? Aquel atentado personal ¿es blanco ó negro? ¿Es bueno ó malo? ¿Cómo lo distinguirá? Afortunadamente, el libro fué escrito por los connacionales del homicida, y el homicidio se declaró santo, libertador...

Sigue la lectura. Poco después aparece la muerte de Sísara, general enemigo, á quien Jabel, una mujer, cantada por nuestro Guimerá, atraviesa la frente con un clavo, á traición, mientras dormía confiadamente en la tienda en que ella acababa de ofrecerle la leche ordeñada de sus propias ovejas. El lector una vez más sabe que tiene que aplaudir el asesinato. Sigue aún, y encuentra en el libro de Judit repetida la escena de Jabel: Judit, á traición, mientras Holofernes dormía después de una comida íntima con aquella pérdida, le corta el cuello con un alfanje. Y el lector aprueba, aprueba todavía.

Ahora estudia la Historia profana. Es

en Grecia, madre de la poesía pura. Y Alcén, un poeta dulcísimo, declara heroicos (como lo hace la misma Historia) á los Harmodi y Aristogité, matadores del tirano de Atenas. Lector, cándido lector, aprueba, aprueba una vez más. Ahora es Roma. Son los comienzos de la República; la Historia está escrita por Romanos y naturalmente, os darán la visión romana, la parte del león... Un joven declarado héroe por innumerables generaciones, Mucio Scevola se encamina al campamento etrusco para matar al rey Porsena. Y el lector ha de encontrar, en consecuencia, que aquel joven *hace bien*. Otro atentado ortodoxo, otro dogma del asesinato! Viene el caso de César; y como aquí la Historia llega al lector con el eco confuso de que en aquel momento Roma estaba dividida en dos campos, el buen lector duda, duda y no sabría en la batalla de Filipos á cuál campamento acudir, si bien se inclina al campamento de los asesinos, con horror de la propia conciencia, que nada comprende. Y vienen los emperadores. El segundo, Tiberio, cae bajo el puñal de Macrón, y el lector aprueba, aprueba siempre. Sigue Calígula, que cae bajo el puñal de Cereas, y el lector aprueba... Y viene Nerón, y aquí el lector ya se impacienta en la espera del asesino, del santo asesino que no llega nunca, hasta que el emperador mismo ordena su propia muerte.

¿Qué es esto? ¿Qué extraña moral es esta, por la cual nuestros hijos en las escuelas y los sacerdotes en el libro santo aprenden la santificación del asesinato? ¿Es que la escuela antigua es... la Escuela Moderna? ¿Es que la sombra de un Ferrer eterno se proyecta sobre la mano de los historiadores desde Jehová á Tito Livio, desde Tácito á Carlyle? ¡Ah! Es que la sempiterna noción del bien y el mal sabe que cada hombre y cada pueblo, y cada generación, y cada cultura juzgan en común á matadores y víctimas, y fallan según las propias inclinaciones nacionales, ó se adaptan á la versión recibida y consagrada, ó aplican un criterio puramente moral al acto, según sus motivos y según sus efectos. Un criterio siciliano encontrará disculpa para aquel horror de las Vísperas Sicilianas que entregaron la isla á nuestro Pedro el Grande. Un criterio católico excusará la inmensa brutalidad de la noche de San Bartolomé y el asesinato de Coligny, aprobado por el Papa.

¿Es que puede existir un atentado personal loable y justo? ¿Cómo se entiende? La Historia es aquí palpitante, llena de vida, tal como ella ecualpe prematuramente las almas de nuestros hijos en los centros de enseñanza.

Y no creo que esté reservada á nuestros distinguidos cofrades de la derecha la resolución de un problema que sólo la rectitud de los espíritus excepcionales puede dilucidar, no de una manera absoluta y por principios, sino en la realidad viva y pura de cada caso.

GABRIEL ALONAR

La browning

La «browning» se abre paso; la «browning» impera; la «browning», en su vertiginosa carrera triunfal, llegará á la diestra de Dios Padre.

Con «El Maestrazgo» están conformes todos los periódicos gratos á la Defensa Social, y Dios.

«El breviario y la «browning» son los compañeros más fieles.»

Aún me parece poco.

Eso es faltar á la «browning».

Eso es regatear valor dogmático á la Divina browning.

El gran Símbolo Niceno demanda su complemento.

Si San Atanasio hubiera penetrado totalmente en el porvenir; si el gran definidor imaginativo de las esencias cristianas hubiera presentado la invención de la santa pistola; si San Atanasio hubiera profetizado ó adivinado el papel trascendental que para el servicio de los Cielos y la militar organización de *requetés* había de tener un arma corta de procedencia protestante, adelantándose á los evangélicos tiempos de Simó de Valencia, allá, en inolvidable tierra de Nicea, quizá matara la episcopal herejía de Arrio agregando á la arcánica trimurti católica-cristiana la pistola del porvenir, la pistola predilecta de los mozalbetes de la fe, la pistola de los monaguillos y cadetes de D. Jaime.

Clamando vidente este Símbolo.

«Creo en Dios Padre.

»Creo en Dios Hijo.

»Creo en Dios Espíritu Santo.

»Creo en la Diosa Browning.»

El Papa, el Concilio oigan á «El Maestrazgo» y al «Requeté».

Sin la c... Pistola browning... «lasciate ogni speranza», «nulla est redemptio».

El Clamor.

Castellón.

¡ABAJO LAS SUGESTIONES!

Según Juan de Aragón, el principal medio de inducción al crimen es la sugestión. Toda idea que á la larga ó á la corta, directa ó indirectamente pueda impeler al crimen, debe ser considerada pecaminosa, delictiva y eliminable.

Según eso, y de ello me alegraría mucho, habrá que modificar inmediata y terminantemente la idea del honor que tantas veces arma la mano del hombre contra la mujer, dando lugar á horribles catástrofes familiares, y leyes que absuelven el asesinato por razones del sugestionado honor, leyes de impunidad deshonrosa.

El hombre saturado de esa convencional virtud, es un terrorista en potencia mientras no surja la infidelidad que le lleve á serlo en acto. La mayor parte de los maridos son candidatos al crimen. Empecemos al punto á combatir ese germen pernicioso, empozoñador, nocivo.

Combatamos también rudamente, con brio, sin descanso y sin fatiga la monogamia que arma la mano de la mujer celosa (dice Juan de Aragón) con el espantable vitriolo.

¡Guerra, pues, á la fatídica monogamia, «sugestionadora» perversa, y, por lo tanto, abajo las religiones que la imponen, pues son otros tantos motivos de llegar al atentado personal! Toda mujer casada es una candidata al crimen, con la diferencia de que el honor de las mujeres pesa poco ante la ley para considerarlo como eximente, y si la esposa burlada en su honor mata al marido, no le arriendo la ganancia.

¡Lo bien que va á estar el mundo cuando desaparezca el «honor fisiológico» y la monogamia legal! La señora que tenga hijos de los llamados «ilegítimos» por haberlos fuera del matrimonio con algún señor bigamo ó polígamo por temperamento, hallará justa reparación: los chicos un hogar y el respeto de la buena gente de orden, atenta siempre á la perfecta moral.

Todo amigo oficioso, todo pariente parlanchín que descubra al marido las salpicaduras que sobre el honor arroja la mujer inscontante, será considerado como inductor al crimen y castigado como tal, en tanto que no se legisle la supresión del «honor» y deje de ser éste la peor de las sugestiones para la paz matrimonial.

Monogamos y monogamas: para vosotros, gracias á Juan de Aragón que ha dado en el quid, empieza una mala era... ¡Lo contentas que se van á poner las señoras que le sobran á cada caballero!

¿Qué menos pueden hacer que levantar una estatua al que, con una plumada ha hecho más que San Antonio, el casamentero, con toda su influencia?

VIOLETA

¿Que hace por ahí mucho hambre y mucho frío?

—Si, pero es sólo para los que buscan en el trabajo la satisfacción de sus necesidades. En los conventos se come bien y se está al abrigo de los vientos del Norte y de las escarchas.

—¡Ah! Entonces no hay que preocuparnos.

Preliminares del Santo Oficio

Lamentábamos los anhelos represivos que habían surgido á raíz del asesinato del Sr. Canalejas como nacen los hongos venenosos después de las tormentas, y hoy hemos de insistir en nuestros juicios, fundadamente alarmados por ciertos síntomas reveladores de que han hallado eco en las alturas aquellos abominables deseos de la gente reaccionaria que parodia en cierto modo la fábula de las ranas pidiendo rey.

Como una respuesta y una satisfacción á esas reclamaciones conservadoras, he-

mos de juzgar la circular redactada por el fiscal del Supremo, D. Manuel Portela Valladares, que de jactancioso gobernador de Barcelona se ha convertido poco menos que en protector decidido del Comité de Molestia Social.

Sin ánimo de ofender en lo más mínimo a los fiscales españoles, hemos de reconocer que su celo se extrema y alambica de un modo singular, siempre que se trata de la denuncia y calificación de delitos, pecando, si se quiere, antes por exceso que por defecto.

Podrá un señor fiscal sentir negligencia ó magnanimidad al apreciar un delito común, de esos que se producen en ausencia de la razón, y no lo censuramos; pero si se trata de un delincuente político, periodista ó apóstol de las ideas contrarias al Régimen, no hay ningún funcionario del ministerio acusador que sienta desfallecer su severidad, en la convicción absoluta de que presta un señalado servicio á las Instituciones en cuyo nombre ejerce.

Ya en esta pendiente, sólo falta el empujón del Sr. Portela para que los fiscales se conviertan de vigilantes celosos en cancerberos furibundos de la integridad monárquica y clerical, bastando la censura más leve en nuestros labios ó en nuestras plumas para caer como inocentes palomas en las garras del milano que esgrime el lápiz rojo.

Otro indicio fatal de represión que comienza suave, bajo Romanones, para continuarse violenta en tiempos de Maura, es el decreto puesto á la firma por Barroso estableciendo la previa censura para los cines y limitando la entrada á dichos espectáculos con exclusión condicional de los niños.

Esto en sí representa muy poco, pero nos alarma, porque conociendo los procedimientos de nuestros gobernantes, nadie nos garantiza que esa represión aplicada á los cines no pueda extenderse á las producciones teatrales, castrando de este modo uno de los arietes más formidables con que cuenta el pensamiento moderno para llegar á las multitudes.

Si pasamos en silencio semejantes atentados á la libertad de propaganda, nada tendría de extraño que cualquier día se restableciese con todas sus prerrogativas el famoso Tribunal del Santo Oficio.

ZIG.

CUIDADOS AJENOS

Manuel Solís quiso bautizar una niña en la parroquia de Feleches y el cura se negó a ello, pretextando que ni el padre ni el padrino de la criatura habían cumplido con la Iglesia.

Llevaron la niña á otra y fué bautizada.

Aquí se me ofrece una duda:

¿Cual de esos dos curas faltó á su deber? Por que indudablemente ha faltado uno.

Yo creo que faltó el que...

O el que...

¿Pero qué me importarán á mi estas cosas?

¿Pues no parece sino que no tengo otras más importantes en qué pensar. por ejemplo, en el frío que estarán pasando ya los jornaleros poco precavidos que no hayan todavía instalado calefacción eléctrica en sus casas; ó en el hambre que sufrirán muchos niños, á pesar de hallarse bautizados?

Este afán de meterme en todo, me expone á menudo á que algún fraile me recuerde, confundíendome con él, aquello de: «cuidados ajenos matan al asno.»

Aristípica

El noventa y ocho por ciento de los ricachones pone el origen remoto, cuasi arquetipo de su fortuna, en una piadosa, cuando no paternal herencia, habiendo llegado á sus manos por una especie de atávica gradación creciente ó regresiva; otros, y no son los menos, lo fingen engendrado en el opaco, amplio y además elasticísimo campo de la suerte; ninguno lo haría aportando el trabajo como factor ó causa generatriz, y casi todos parecen escapados de cirenáica escuela. Vivir la vida intensamente, disfrutar, inundarse en goces físicos, agenciarse el placer á manos llenas, sin preocupación de ajenas lágrimas ni de ajenas miserias, hete ahí, lector pobre, la moral de los más acérrimos antirrevolucionarios, cuyo escandaloso egoísmo está exigiendo á voces una revolución piadosa que los extinga, para bien de la Patria y prez de la Humanidad...

Se acabó la estirpe de los Titos Flavios.

La ralea de los egoístas debe acabarse en evitación de epitáficas inscripciones al tenor de la que cubriera los restos de Sardanápalo.

CONTENTINE

Autores morales

Ha llegado la hora de puntualizar las responsabilidades que unos y otros tenemos en los llamados atentados políticos.

El hecho de que casi siempre sean los hombres conocidos por sus ideas anarquistas los autores de estos atentados, no justifica las enormidades que la prensa burguesa vuelve á resucitar contra el ideal libertario.

El ideal anarquista no encierra en sí ningún horror, ningún crimen, ninguna villanía; por el contrario, ansiamos los anarquistas una era de paz y de concordia en que la justicia, el amor y la fraternidad terminen con las cruentas luchas actuales.

Piensen los autores de los artículos que execran los efectos de los atentados personales en las causas que los originan, y verán todavía un enorme saldo á favor de los autores materiales.

Los autores morales que declinan su gran responsabilidad cuando ocurre un hecho, y que entonces, sólo entonces, se ocupan de los efectos olvidando conven-

cionalmente las causas, son los únicos á quienes debiera acañar el juicio de la opinión.

Los que están arriba, jamás se han acordado de los que están debajo; los que hacen escala de la ignorancia é insensatez de los que les escuchan, son los peores una vez que han escalado la cima de sus ambiciones.

Las leyes se hacen solo y exclusivamente para nosotros, para los que todo lo producimos y nada poseemos; vemos con ira mal reprimida que por la puerta falsa de las leyes escapan los poderosos, los que de nada carecen y cuya inutilidad los hace impotentes para producir lo que consumen.

Odio, sí, odio nos inspiran los crímenes de lesa humanidad que llaman guerras, y sin embargo somos los únicos que á ellas vamos, somos las eternas víctimas de ambiciones que nos sacrifican en aras de la llamada Patria, falseada por gentes sin conciencia cuyo corazón, en vez de ser, como la anatomía nos enseña, un órgano vital en todo cuerpo humano, lo tienen en las cajas de acero de sus Bancos y de sus Compañías expoliadoras.

Autores morales de cuantos atentados políticos se han cometido y cometerán, son los que cierran los oídos á las voces de los que constantemente piden justicia contra los atropellos, de los que encontrándose en poder del derecho de la fuerza, abusan de ese poder porque quieren y porque pueden.

El obrero no tiene más derecho que el de ser sometido; el cuartel, la cárcel, el hambre, son para él y todos los suyos.

«¡Sométete y estudiaré tus peticiones!» Esta es la frase sacramental de los poseedores del derecho de fastidiarnos.

«¿No te sometés? ¡Reclamas un derecho!» Mando contra tí las fuerzas de que dispongo y abro de par en par las puertas del presidio. Estos son los hechos de los que se llaman cultos y están encargados de velar por el orden y el derecho de todos.

Luego, cuando un hombre, que conoce perfectamente sus derechos y trata de enseñar los suyos á los demás, exige una mínima parte de lo que le pertenece, se le persigue, se le encarcela, su retrato y su ficha antropométrica recorren el mundo entero, y, desde entonces, su libertad y su vida están á merced de cualquier degradado que bajo el disfraz de autoridad se le antoje disponer de lo que más aprecia todo ser.

Los autores materiales de los hechos políticos responden siempre con su vida del acto que llevan á fin; dan noblemente vida por vida. Los autores morales, ¡no! obran, laboran en las nebruras de un gabinete, de una redacción burguesa, desde donde impune, cobardemente, dictan y ordenan las cosas más absurdas y más inhumanas que darse puede.

No trato de justificar el atentado personal, pero revisando la Historia, los execradores de hoy en la obra titulada *Homicidios políticos* pueden encontrar párrafos como este:

«La historia de la antigüedad clásica nos ofrece un homicidio con carácter político, en la persona de un tirano: el de Cesar... Quizás el de Cicerón también lo fuera; porque acaso el gran tribuno alcance cierto concepto, más que un poco laxo de la tiranía, pero que no creo del caso explicar.

»Al decir aquí «homicidio político», he querido dar á entender el que se comete

en un Estado suprimiendo la vida de un jefe supremo; de un ser que ilegítimamente se ha adueñado de la jerarquía de que aparece investido, ó de aquella otra persona que habiendo llegado á tal jerarquía por vía legítima, abusa de ella de un modo permanente dictando leyes contra las costumbres, contra el espíritu y contra las grandes corrientes de pública opinión del país en cuya esfera política culmina su persona.

¿Hubiera ó no en los tiempos clásicos de la antigua historia, otros homicidios con tal carácter, es lo cierto que el de César fué el que sentó precedente y dió la norma y la ética del tiranicidio.

¿Luego, andando el tiempo, el concepto de tirano se distendió, y á fines del siglo XIV, un franciscano elocuente y estudioso, Juan Petit, llamó «tiranos» á los validos que acaparando el ánimo del monarca, le conducían á su antojo por caminos de tiranía; y este fraile sostuvo que, á los que tal absorción y descarrio hacían del soberano, se les debía matar. Sostuvo tal tesis ante la Sorbona; le fué rebatida por Jerson, ilustre juriconsulto, y la Sorbona la rehusó. Pero reunido el Concilio de Constanza, el portavoz en él de las llamadas «órdenes menores», fué el elocuente Juan Petit, el cual, entre otras tesis, sacó triunfante aquella de matar al tirano, tal como él lo entendió.

Después de lo que la *Historia de la antigüedad clásica* dice, no cabe escribir más. Seis siglos con anterioridad al presente, en este tema existía lo que hoy. Los preconizadores del atentado personal no pertenecen á esta época; entonces como hoy, los autores morales son los únicos obligados á responder; ellos, sólo ellos obligan á realizar lo que en la anarquía no existe.

Pongan los de arriba un poco más de tacto en sus voceros, más razón en sus cerebros, mucho menos egoísmo en su convencionalismo, y la paz será con todos. Mientras tanto, razonemos.

MAURO BAJATIERRA

El Libertario, Gijón.

¡Milagro, milagro!

El rey de Cambodge, Sisowath, con traje hace tiempo una afección á la vista. El achaque llegó á revestir caracteres de gravedad, y el rey llegó á quedarse casi completamente ciego.

Sus vasallos, que se encuentran en un estado de incultura lindante con el salvajismo, estaban apenadísimos por la ceguera de Sisowath, á quien profesan una adoración sin límites.

El residente francés hizo saber al monarca de Cambodge que podría acaso curar de la afección á la vista sometiendo al tratamiento de un especialista que él mismo podría facilitarle.

Sisowath cedió; pero ante la esperanza de ser curado, hubo de prestarse á que le reconociera y operara el médico, de nacionalidad francesa.

Fué practicada la operación en Pnom-Penh, donde habitan Sisowath y el representante de Francia, y el resultado no pudo ser más satisfactorio, pues lo que tenía Sisowath eran unas cataratas que le fueron batidas admirablemente.

Entre los vasallos de Sisowath circuló inmediatamente la nueva de que su Rey y Señor veía; pero como es gente tan incrédula como poco civilizada, no dió crédito á la noticia. Fué preciso que Sisowath se asomase á un balcón é hiciera ante el pueblo congregado demostraciones de que veía perfectamente.

Convencidos, por fin, comenzaron á gritar jubilosamente.

— ¡Milagro, milagro! — exclamaban los súbditos de Sisowath; y se llevaron varios días realizando manifestaciones ante la residencia de su rey, á quien obligaban á presentarse frecuentemente para dar nuevas pruebas de que, en efecto, había recobrado la vista.

No hubo modo de hacer entender á las gentes de Cambodge que se trataba de una operación felizmente hecha; y aún persisten en la creencia de que sólo un milagro de su Divinidad ha podido devolver la vista á Sisowath, y siguen llenos de asombro y traduciéndolo en incesantes manifestaciones de regocijo.

¿Creed que en las religiones falsas pueden existir milagros? ¿En que se diferenciaría entonces de la única verdadera?

¡Valientes brutos son los súbditos del rey de Cambodge! A ellos si que habría que batirles las cataratas del cerebro, para que no creyesen en paparruchas.

ESTACAZOS PROFANOS

Como á las once próximamente de la mañana del pasado lunes, los transeúntes que discurrían por la Plaza de Ceballos, pudieron advertir que de la casa que habita el Vista (con mucha vista) de Aduanas de la Delegación de Hacienda, don Pedro Alonso Sestao, y el cura-sacristán de las monjas de San Antonio, D. Agustín Espín Carlos, salía un cura corriendo como alma que lleva el diablo, con la sotana arremangada y presa de gran sobresalto, y tras él un caballero que, con descomunal furia, descargaba sobre las sagradas costillas del reverendo una lluvia de garrotazos que, al no hacerle rodar por tierra, ponían á prueba de bomba la robustez del rollizo ministro del Señor.

Pasado el revuelo de los primeros momentos y de los estacazos, hemos podido adquirir detalles de lo ocurrido.

D. Pedro Alonso habita, como tenemos dicho, el principal de la ya mencionada casa, y el cura D. Agustín Espín, propietario de ella, el segundo.

Parece ser que la menegilda del señor Alonso estaba en el terrado tendiendo unos calcetines, cuando subió el rollizo presbitero, que al echarle el ojo debió pensar que eso del voto de castidad no se le ocurre ni al tonto de los candiles, y algo hizo, ó intentó hacer, que no fué del agrado de la doméstica, por lo que comenzó á dar desaforados chillidos, á los que acudió el Sr. Alonso.

Entre cura y Vista debieron cambiarse palabras gordas, que obligaron á D. Pe-

dro á agredir al tonsurado sátiro, que bajó las escaleras con la rapidez de un tobogán, seguido de su contrincante, que le argumentaba descargando razones contundentes sobre el panzudo seductor.

Una pareja de los del «casco duro» que por un casual acudió en los primeros momentos, condujo á la Inspección al reverendo, que, berreando como un búfalo, se lamentaba de su mala pata en la empresa amorosa.

Las beatas, comadres y desocupadas del barrio, para atenuar los arranques eróticos del cura, dicen que el ama se le fugó hace un mes con un cabo de con-sumos.

El Obispo y Paco Tortas tienen la palabra.

Don Crispín

Murcia.

Hilo y ovillo

La prensa jaimista, clerical, reaccionaria y aun conservadora, todos los periódicos neos, en una palabra, continúan discutiendo la filiación social y política de Pardina, Pardinas ó Pardinas, el desmedrado matador de Canalejas; y no sólo continúa discutiéndola, sino consagrándola como «marquista» para lo cual no tienen prueba más concluyente que la gratuita manifestación de la policía, que á su vez se basa, para sustentarla, en el deleznable hecho de tener fichado al ascensio.

Hacen bien los inconvencibles *amateurs* de la violencia, más feroces que cuantas hordas de terroristas juntas pudieran imaginarse, en atribuir, con todas las energías de su saña, al anarquismo, ó al ferrerismo, como ahora ha dado en llamársele, la inducción al atentado personal á que actualmente asistimos y la vil muerte del insigne expresidente del Consejo de ministros.

No hay ciertamente otra manera mejor ni fórmula alguna más acertada que la de que echan mano los reaccionarios para despistar en su camino inquisitorial á las autoridades y para desviar la opinión del sendero por donde se teme que entre con pie firme y seguro, ya que, siquiera sea de una manera aun no decidida, ha empezado, afortunadamente, á pisarlo.

Insistiremos también nosotros en nuestros juicios, desapasionadamente expuestos en números anteriores, ya que para ello nos autoriza la obstinación de nuestros adversarios, aduciendo, sin alucinaciones, datos y detalles, que si han escapado, por ahora, á la generalidad de las gentes, no así ha sucedido en cuanto á los que han sabido escudriñar en cuestión tan importante y minarla dirigiendo su puntería al objeto que se ofrece como verdadero blanco.

No puede negarse que lo poco que Canalejas ha hecho, durante su estancia en el poder, en favor de las leyes progresivas, ha exasperado sobremanera á los vaticanistas y puesto en evidente alarma á neos y clericales. Su ley del candado, la prorrogación de ésta, el proyecto de la de Asociaciones y otras fruslerías por el estilo, han levantado todas las iras y hecho de la persona del expresidente del Consejo de ministros una figura odiosa para los reaccionarios y nunca para las huestes liberales, radicales, ultraradicales y cuantas fuerzas puedan figurar en las avanzadas

del progreso. La devolución de los bienes de Ferrer á la familia ó deudos de éste, á Canalejas debida principalmente, no ha pesado poco en la irascible condición de los ultramontanos.

Tampoco puede ponerse en duda la estupefacción con que la noticia de la muerte de Canalejas ha sido acogida por los anarquistas de todos los países, ni la falsedad de la especie, circulada por España, relativa á la circunstancia de que aquél figurase en una lista de condenados por el anarquismo. «De todos los jefes políticos españoles—han dicho á Javier Bueno los ácratas que encontré comentando el asesinato del presidente del Consejo en el cuartucho en que se reúnen los nihilistas rusos refugiados en París—el Sr. Canalejas era acaso el que menos odio nos inspiraba»; añadiendo que ellos no justificaban el atentado sino en el caso de que un autócrata hubiese derramado sangre de inocentes «*C'est stupide l'anarchisme jamais aurait visé M. Canalejas*». (Es estúpido. El anarquismo nunca se había fijado en el Sr. Canalejas para matarle), he ahí la frase de todos los libertarios más vigilados por la policía francesa como peligrosos.

Y menos hay ya nadie que no sepa que, si Canalejas no desdeñaba la lectura de toda clase de obras literarias, fuese cualquier el espíritu social ó político que las informase, le eran profundamente simpáticos los libros de *Eliseo Reclus*, que calificaba de hermosos siempre que de ellos hablaba. Así se lo ha manifestado al diputado liberal belga M. Georges Lorand, en ocasión en que éste, por ser albacea testamentario de Ferrer, fué á Madrid á visitarle con objeto de alcanzar de él que los bienes del ajusticiado en los fosos de Montjuich le fuesen restituidos. «No devolver—le ha dicho—á los herederos de Ferrer sus bienes y sus libros, sus libros sobre todo, las traducciones de las hermosas obras de Reclus, que también yo he leído y admirado, eso sería, tiene usted razón para decirlo, una vergüenza para España.»

Ahora no olvidemos que las aspiraciones de Canalejas, tan vanas como imposibles, según lo demuestra el mismo hecho de haberle indudablemente costado la vida, era armonizar y hacer compatible la Monarquía con la democracia; y leamos periódico tan serio y tan bien informado como *La Vanguardia*, de Barcelona, y díganos si en todo lo expuesto no están lo mismo el hilo que el ovillo, para deducir claramente quiénes han podido ser los inductores del asesino Pardiñas ó Pardiñas, cuál era la última filiación social ó política de éste y la de aquéllos, y el móvil que ha conducido á todos á esgrimir el arma homicida contra el llorado expresidente del Consejo de ministros.

El mencionado periódico *La Vanguardia*, en su edición del 13 de los corrientes, página 11 sección telegráfica, dice á la letra lo siguiente:

«*Actuaciones especiales.*—Madrid, 12.—Próximamente á las once y media de la mañana, el Juzgado de guardia que era el del distrito de la Latina, recibió aviso telefónico de la Casa de Socorro del Centro, comunicando el ingreso de un hombre agonizante. Seguidamente, el juez de guardia antes citado se personó en la referida Casa de Socorro, y en vista de que el herido no podía declarar á causa de su estado agónico, ordenó que fuesen registradas sus ropas: cosa que se efectuó, dando por resultado el hallazgo (entre otras cosas) de una partida

de bautismo á nombre de Manuel Pardiñas Larrato, natural de El Grado (Huesca) y nacido el 1.º de Enero de 1880, cuyo bautismo tuvo lugar, no en esta fecha, sino en el pasado mes de Septiembre, en que dicho individuo recibió las aguas bautismales.»

¿Por qué el asesino de Canalejas—comenta muy atinadamente *El Progreso*, de Barcelona—se pasó treinta y dos años de su vida sin formar parte del gremio de la Iglesia? ¿Qué causa, qué motivos le llevaron á bautizarse en el pasado mes de Septiembre? ¿Quién ó quienes apradinaron al converso en el acto del bautismo?

Nosotros contentaremos con contestar á la última pregunta, afirmando, con toda seguridad, que los padrinos de Pardiñas no han sido Pérez Galdós, Melquiades Alvarez, Alejandro Lerroux ni Pablo Iglesias.

Tierra Gallega.

La bestia latina

Llevamos en la entraña los latinos el germen del más despiadado egoísmo. En un cine de Bilbao acaba de hablar la raza, y cuando ésta habla, no cabe la menor duda que las víctimas son los indefensos, los niños; así como en el Bazar de la Caridad en París, no hace muchos años, fueron también las mujeres las que murieron por las patadas brutales de los parisenses, quienes un instante antes del terror doblaban el vil espinazo ante sus futuras víctimas.

Así también, en Bilbao, no cabe la menor duda que los niños, al entrar en el cine, se verían cariñosamente amparados por los mismos que por el terror los mataron después.

Tuvo que ser un buque inglés, abarrotado de herejes, el «Titanic», cuya tripulación dió prueba del más alto humanismo, dando su mano salvadora hasta los multimillonarios para conducir á salvo á las mujeres obreras, y ellos quedaron en la tumba sin redención posible. Pero es que la Reforma emancipó de Roma á los fieles de Cristo, y hemos quedado nosotros, los latinos, embrutecidos por la Iglesia, que enseña á orar y á ser dignos, no por la santidad de la doctrina, sino para salvaguardarnos del fuego de ultravida y hacernos poseedores de una bienaventuranza eterna.

Y así salimos engendrados, y el ambiente nos envejece con este ruin egocismo; y cuando el pánico pone en peligro la hipócrita vida que nos alimenta, no tenemos fortaleza de espíritu, cae vencido nuestro pensar humano, dejamos de ser hombres, despierta la bestia, y matamos á nuestros propios hijos, aunque después los lloremos hipócritamente, más que por lo que nos cuestan, por lo que podríamos sacar de ellos.

Por los telegramas leo que la policía trabaja sin descanso para prender al primero que dió la alarma. ¿Es que el segundo y el tercero y el cuarto y el último y todos los que gritaron no son tan cómplices como el primero de los crímenes que ejecutaron? ¿No es muy posible que no hubiese habido nadie que se alarmara

por capricho, y que respondiera el primer grito á un error de momento? ¿Quién será entonces el criminal? No cabe la menor duda que ha de venir un día que esta misma justicia que busca al primero, será ella, por sus delegados, quien dará un grito igual para educar á los hombres á que sepan serlo, en circunstancias análogas.

En pocos minutos se despeja, sin el menor esfuerzo, todo local cerrado, por grande que sea la muchedumbre allí congregada.

Eduquemos, pues, al pueblo, para que llegue á este estado. La desesperación y los telegramas de pésame, no sanan el mal que flota aún en el ambiente. La casi generalidad de los que lloran la catástrofe hubieran hecho lo propio: ganar la salida matando á los débiles, á los niños... y quizás lo hagan algún día.

Pero esa educación no puede darla la Iglesia, que mantiene su doctrina sobre los cerebros débiles por el terror. Esa educación sólo pueden realizarla los atecs, los que por el ejemplo predicen su honradez y lealtad, sin miedo á castigos eternos ni por el acicate de la gloria del cielo. Es potestativa esa educación de los que son dignos por la satisfacción del deber cumplido. Sólo esos hombres serán capaces de morir abrasados por las llamas mientras los niños se salvarán. El mausoleo que para esas víctimas se haga será bien merecido, porque así se premiarán sus virtudes, para que sirvan de ejemplo á todos los hombres. El mausoleo que se quiere erigir á los niños que han muerto ahora, no honrará ninguna virtud; servirá tan solo para cubrir el último crimen de los que hipócritamente se llaman cristianos.

Después de la matanza que éstos han hecho, quedarán tranquilos: el confesor les absolverá de un delito por imprudencia, tantas veces como lo repitan.

DURANY Y BELLERA

Bibliografía

Hemos recibido los cuadernos 23 y 24 del *Portfolio Fotográfico de España*.

Se compone el primero, al igual que los hasta hoy publicados, del mapa de la provincia impreso á seis tintas, descripción de la provincia y capital, nomenclator de la misma por orden alfabético de partidos judiciales y de pueblos, con el número de habitantes é indicando los que tienen estación férrea, y 16 hermosas fotografías.

En el cuaderno 24, que corresponde á Badajoz, figura también el mapa de la provincia á seis tintas; descripción de la provincia y su capital; nomenclator de los pueblos de la misma y 16 hermosas vistas.

El precio de cada cuaderno, con cubierta á cuatro tintas, es de 50 céntimos.

Los pedidos de esta obra pueden hacerse en las librerías, centros de suscripciones y al editor Alberto Martín, Consejo de Ciento, 140 Barcelona.



Los obispos

por
ROBERTO ROBERT

Vamos á ver: con buena fe, sin pre-
vención alguna ni espíritu de partido,
¿es moco de pavo el episcopado?

¡La verdad!

No andemos rebuscando pequeneces,
ni apliquemos el telescopio á la institu-
ción, ni vayamos á hacer como los que
para desprestigiar *El Pismo de Sicilia*
dicen que sobra una pírna en el cuadro.

¡Fijémonos en lo grande, ¿qué digo? en
lo grandioso, en lo sublime, en lo divino
del origen y en el destino histórico del
episcopado, y ¿qué tal? ¿Llena el ojo?
¿Sí ó no?

¡Oh, el episcopado! Yo quiero recapaci-
tármelo, quiero saborearlo y rumiarlo
espiritualmente. Necesito un regodeo
histórico-apostólico, y aquí, con mis
obispos á solas, voy á estar como el
pez en el agua.

Cuando todos éramos ovejas ellos
eran pastores, no porque ellos comieran
migas y nosotros yerba, sino porque nos
llevaban amorosamente á pacer por los
celestiales prados; nos tenían en el redil
hasta que el calor del sol de la verdad
hubiese evaporado el insano rocío del
error, y nos libraban del lobo que es Sa-
tanás con todas sus tentaciones.

¿Quién no recuerda al primero, á Pe-
dro el pescador?

El predica la paz con el cuchillo al
cinto, y para persuadir á Malco le tira
un tajo al pescuezo; él niega tres veces á
Jesús en el momento del peligro; él teme
hundirse en la barca á pesar de que na-
vega en compañía del Hijo de Dios; á él
le llamó Cristo hombre de poca fe y le
echó en cara el defecto de no agradarle
más que las cosas mundanas; conque ¿es-
tarian contrapesados estos defectos con
bellas cualidades para que Jesús mismo
le erigiera en vicario suyo?

Así dice con razón Bossuet:

«En todo se nos muestra Pedro colo-
cado en primera línea: él es el primero
en confesar la fe; él es el primer apóstol
que vió al Salvador resucitado de entre
los muertos; él es el primero que confir-
ma la fe con un milagro; él es el prime-
ro en toda cosa: todo concurre á estable-
cer su primacía: *hasta sus propias faltas.*»

Y desde Pedro acá se encuentran á
millares los obispos que hasta por sus
propias faltas brillan como soles en el
cielo de las sociedades cristianas.

Cuando uno los ve ensalzados por la
humildad, el trabajo y la pobreza en los
tres primeros siglos, sin asomo de juris-
dicción, sin carácter oficial ninguno, en-
tendiéndose con los fieles como hoy se
entienden los profesores con sus discipu-
los, ó las sociedades artísticas unas con

otras, le parece lo más admirable el epis-
copado primitivo.

Cuando más adelante les ve uno im-
plorar del poder civil la fuerza que su
poder no les daba, y proclamar de conti-
nuo que ni deben ejercer autoridad algu-
na ni poseer bienes, ni negar nunca su
obediencia á las potestades de la tierra,
les admira también por su abnegación y
se encanta de verles tan dóciles y sumi-
sos.

Después la admiración crece de punto
al verles dotados de riquezas por los em-
peradores, en premio de sus merecimien-
tos.

A los dos siglos la admiración sube á
su colmo, encontrándoles dando leyes,
auxiliares inseparables de todo poder;
más adelante ya no es admiración, es éx-
tasis lo que se experimenta contemplan-
do al Pontificado, quinta esencia de la
esencia episcopal, poniendo y quitando
reyes y dirigiendo una Iglesia que lo po-
see todo: ciencia, autoridad, riqueza, vir-
tudes.

En el siglo iv ya Liberio, á pesar de
su índole pacífica é irresoluta, dió el alto
ejemplo de negarse á obedecer al empe-
rador Constancio, y prefirió salir desterrado
antes que condenar al divino Ata-
nasio.

Verdad es que al poco tiempo se so-
metió hasta el punto de caer en la he-
reja arriana; pero antes fué un grande
obispo, y aun después de su herejía lo
fué también, porque al fin la renunció
del mismo modo que la había aceptado.

Tres años le duró nada más el obispa-
do á Liberio.

Durante su destierro fué elegido obis-
po de Roma el buen Félix, candoroso
diácono que fué desterrado también, por-
que aun cuando los emperadores de en-
tonces eran muy cristianos, como la fe
era nueva y no estaban ejercitadas en
ella, solían interpretarla con tal cual
error en algunas ocasiones.

En cambio, si la inteligencia de los Cé-
sares no dominaba plenamente la mate-
ria teológica, en cambio, digo, el entu-
siasmo católico del pueblo rayaba en
frenesí, como dicen las gaceticillas.

Llegó el año 366, y hubo que elegir
obispo en Roma.

Los candidatos eran dos: el glorioso
español Dámaso, y Ursino.

Uno y otro contaban con simpatías
personales y eran igualmente dignos del
solio episcopal.

Reunidos los electores en la basilica
con el más vehemente deseo de que la
legalidad diese el triunfo al que obtuvie-
ra mayor número de sufragios, empeza-
ron á enaltecer cada uno las virtudes y
excelencias de su candidato predilecto,
compitiendo por igual unos y otros en
elocuencia y afectuoso ardor; pero el ce-
lo mismo por las personas encendió los
celos mundanos entre unos y otros par-

tidarios; comenzaron los resentimientos
á inspirar los discursos; los de Ursino se
burlaron del español Dámaso, viniendo
á calificarle de canero; ofendidos los
amigos de éste, dieron á Ursino el apodo-
de oso; de los epigramas pasaron á los
insultos; de las voces y amenazas pasa-
ron á vías de hecho, y empuñando las
armas dentro del sagrado templo, lanzá-
ronse unos contra otros aquellos mal
aconsejados fieles, hasta el punto de de-
rrear sangre.

No fué el combate muy largo, porque
como era de suponer, la voz de la razón
y la luz del Evangelio les llamaron pron-
to á los sentimientos cristianos, y así
pudo evitarse un verdadero conflicto.

Sólo ciento treinta y siete cadáveres
se encontraron dentro de la iglesia ter-
minada la elección, de la que salió triun-
fante nuestro compatriota, elección que
si se hubiese verificado entre hombres
no religiosos, sin duda habría sido causa
de una porción de desgracias.

Las pocas muertes que con dicho mo-
tivo ocurrieron en la Iglesia de Roma,
fueron á lo menos testimonio de la fe
de aquellos tiempos.

A motivos indignos las atribuyen los
impíos.

Dice Laurent que los candidatos mis-
mos avivaban la codicia de sus parciales,
prometiéndoles compartir con ellos el te-
soro de los pobres que administraba la
Iglesia.

Dice el cronista del actual Concilio,
César Cantú, que «la hostilidad de en-
trambas facciones llegó hasta la efusión
de sangre, con grande escándalo de los
creyentes y con júbilo y bafa de los pa-
ganos, que veían como la *codicia había
penetrado en el santuario.*»

Dice Amiano Marcelino, historiador
de aquella época:

«En verdad que cuando considero el
fausto de la dignidad episcopal de Ro-
ma, no me admira la saña con que se lo
disputan los competidores; porque el can-
didato vencedor tiene la certeza de que
se enriquecerá con las liberalidades de
las matronas, será llevado en el carruaje
más cómodo, deslumbrará la vista con
el esplendor de su traje, y en sus festi-
nes eclipsará la profusión de las mesas
de los reyes.»

Pero esas cavilaciones maliciosas de
los historiadores no son puntos dogmáti-
cos, no son artículos de fe, y por consi-
guiente no prueban nada contra la voz
común que nos repite á cada momento
que son inmarcesibles las glorias del
episcopado.

Lo que no tiene duda es que el sacer-
dote Ursino fué desterrado dos veces de
Roma, y que al cabo de veintidós años
de su primera derrota electoral volvió á
presentarse candidato y fué vencido por
Siricio.

(Continuará).